

ORDEN MARTINISTA DEL PERÚ
Filial de la Orden Martinista de Francia
Colegio de Lima
Grupo “Lucían Chamuel” N° 37 Circulo Acanto N° 19
5 de febrero de 1964
LIMA – PERÚ

INSTRUCCIONES A LOS HOMBRES DE DESEO

Louis Claude de Saint Martin



SUMARIO DE LAS INSTRUCCIONES

Instrucción 01	De la Emanación, De la Creación y de los Números
Instrucción 02	De la Extracción de las Esencias y de la Materia en la Indiferencia
Instrucción 03	De la Modificación de las Esencias y de las Diversas Propiedades del Triángulo
Instrucción 04	De la Explosión de las Formas y de la Necesidad del Cuaternario
Instrucción 05	De las Diferentes Producciones de la Naturaleza y de las Diferentes Formas de este Universo
Instrucción 06	De la Emanación del Hombre
Instrucción 07	De la Prevaricación del Hombre
Instrucción 08	Del Cuerpo del Hombre y de su Pensamiento
Instrucción 09	De la Reintegración de las Formas
Instrucción 10	Deseo, Paciencia y Perseverancia

PRIMERA INSTRUCCIÓN

DE LA EMANACIÓN, DE LA CREACIÓN Y DE LOS NÚMEROS ALEGRÍA, PAZ, SALUD PARA AQUEL QUE ME OYE:

Mis hermanos,

Con el auxilio del Eterno, voy a tratar de hablaros de los principios que son la base fundamental de nuestra Orden y que, reunidos en un Cuerpo, podrían constituir un curso de física temporal pasiva y de física espiritual eterna.

El primer principio de la ciencia que cultivamos es el Deseo. En ningún arte temporal, ningún operario jamás venció, sin una asiduidad, un trabajo y una continuidad de esfuerzos para llegar a conocer las diferentes partes del arte que se propone abrazar. Sería, por tanto, inútil pensar que se puede llegar a la sabiduría sin Deseo, porque la base fundamental de esa sabiduría no es sino el Deseo de conocerla, que hace vencer todos los obstáculos que se presentan para bloquear la salida, y no debe parecer sorprendente que ese Deseo sea necesario, una vez que es positivamente el Pensamiento contrario a ese Deseo lo que aleja a todos aquellos que procuran entrar a ese conocimiento. Ahora, es necesario, para llegar allí, trillar el camino en razón del alejamiento en donde nos encontramos. Aquel que cree haber llegado ahí está aún bien lejos; y otro cree estar lejos pero no tiene más que dar un paso: lo que debe hacer ver que el primer paso que se debe dar, debe ser en la senda de la humildad, de la paciencia y de la caridad. Las virtudes son tan necesarias en nuestra Orden que no se puede hacer ningún progreso en ella sino cuando se avanza en esas virtudes. ¿Más podrían, tal vez, preguntar qué relación existe entre las virtudes y las ciencias? Esta Instrucción será empleada para demostrar esa necesidad. El Ser, existiendo necesariamente por sí mismo, Eterno creador y conservador de todo ser, emana de su inmensidad Divina, antes del "tiempo", seres libres para su gran gloria. Les dio una ley, un precepto y un mandamiento sobre los cuales fue fundamentada su Emanación. Esos espíritus eran libres y no podemos considerarlos de otro modo sin destruir sus personalidades distintas.

Ellos llegaron a prevaricar. ¿Cuál fue la Prevaricación? Sin entrar en todos los detalles, responderé que el primer crimen fue la desobediencia. Siendo libres, concibieron por su plena y entera libertad un Pensamiento contrario a la ley, al precepto y al mandamiento del Eterno. Para mejor dar una idea de esa desobediencia, suponed un centinela que se coloque de guardia, a quien se le dice observar los diferentes puntos de su fuerte: ese centinela es libre y no tiene necesidad de que nadie venga a forzarlo a quedarse o a salir. Por su propia voluntad, deja su puesto y desampara todos los puntos de su baluarte, pero el centinela es tomado y le quiebran la cabeza. He aquí una idea de la prevaricación de los primeros espíritus. La prevaricación fue haber desobedecido a la ley, al precepto y mandamiento que les habían sido dados desde la emanación, y de haber concebido un pensamiento contrario al del Eterno. Desde entonces, la

comunicación que tenían con el Eterno fue rota. Dios creó el espacio, en el cual los precipitó. ¿Pero de que se sirvió Él para expulsarlos de su corte Divina? Se sirvió de los espíritus de su naturaleza que habían sido emanados en el mismo instante que los otros, y que también concibieron igualmente el pensamiento malvado, una vez que recibieron la mancha, pero que hicieron un uso diferente de su libre albedrío, quedando inviolablemente sujetos a las leyes, preceptos y mandamientos del Eterno. Lo que prueba bien demostrativamente que los primeros espíritus concibieron su pensamiento de prevaricación por su plena y entera libertad, y es la fidelidad de esos últimos que, sin tener ni más ni menos facultades que esos prevaricadores, hicieron buen uso de su libre albedrío, rechazando el mal pensamiento que les fue presentado por los prevaricadores y se sirvieron de instrumentos de justicia que Dios lanzó sobre aquellos desde el instante de su prevaricación. Es de ese combate que habla la Escritura cuando dice que Miguel, y sus ángeles combatían contra los demonios y sus ángeles, y que Miguel habiendo sido vencedor, los precipitó fuera del paraíso Divino en el espacio que acababa de ser creado. No existía todavía el tiempo, que no es sino la sucesión o la revolución de los diferentes cuerpos. No había allí entonces materia sutil o grosera, no existían sino espíritus puros y simples: espíritus buenos en el paraíso Divino y espíritus malos en el espacio. Desde entonces, Dios concibió en su imaginación pensante crear este universo con formas materiales y pasivo para servir de límite y de barrera a las operaciones malvadas de los demonios. Él emancipó por esa causa a los espíritus ternarios del eje "fuego central", que vinieron a cerrar el círculo del espacio en el cual los espíritus perversos estaban encerrados, y concibió en Su imaginación pensante Divina la creación del cuerpo principal del jefe de este universo, tanto espiritual Divino como temporal pasivo, de forma triangular equilátera. Ese triángulo equilátero es considerado por todos los pueblos de la tierra como conteniendo en sí la imagen aparente que el Eterno había concebido en su imaginación para la creación del jefe de este universo; ese triángulo, repito, nos es aún representado en las iglesias con cuatro caracteres inefables de los que daré la explicación a continuación. Dios manifestó de su pensamiento creativo los espíritus del eje fuego central por ese mismo triángulo equilátero, en el centro del cual estaba contenido su verbo ternario creativo, como muestra la figura siguiente: Esos espíritus teniendo innata en sí, desde su principio de emanación, la facultad de extraer de su seno las tres esencias espirituales que allí estaban. Sacaron, entonces, de ellos mismos esas tres esencias para operar ese verbo del Eterno. ¿Se preguntará, qué era ese verbo? Diré que ese verbo contenía en sí el plano, la ejecución y la operación de este universo. En consecuencia, esos espíritus del eje comenzaron a ejecutarlo, sacando de su seno esas tres esencias que allí estaban. Esas tres esencias eran, en su principio, la materia en su indiferencia, porque no habían sido aún trabajadas por esos mismos espíritus, pero eran distintas.

Ellas estaban, pues, según el lenguaje de la Escritura, sin forma, o en su indiferencia, y vacías porque la vida pasiva no había podido ser insertada en las formas, puesto que ella aún no existía. Ese vacío debe ser comprendido como la privación del principio de

movimiento necesario a todos los cuerpos de este universo. Antes de seguir adelante, debo hablar del principio fundamental de toda emanación y de toda creación, que es el número. Los sabios de todos los tiempos reconocieron que no podría haber ningún conocimiento seguro, sea de la parte espiritual Divina, sea de la parte universal general terrestre, sea de las particulares, sin la ciencia de los números, puesto que es por esos números que el Eterno hace todos sus planos de emanación y de creación. El número, es coeterno con la Divinidad, ya que, por toda la eternidad, Dios es, el número; ha estado pues en Él toda la eternidad, puesto que Dios tiene su número. Porque, si Dios hubiera podido crear el número, parecería que Él hubiera podido crearse a sí mismo, lo que es imposible, porque nada subsiste sin el número. Ahora, Dios siendo el Ser necesario, existiendo por sí mismo, contiene, pues, toda la eternidad, todo número. Dotó a todos los espíritus según su infinita sabiduría y acción eterna. Ninguna de sus obras salió de sus manos sin ser marcada con ese sello: tanto los espíritus emanados como la creación de este universo, todo tiene su número.

Luego, se sigue demostrativamente que el conocimiento de todas las obras de Dios está oculto en el conocimiento de los números. Ahí es, por tanto, mis hermanos, donde debemos procurar admirar las obras del Eterno, no en el sentido de nuestra forma aparente pasiva, sino en el sentido de nuestro entendimiento espiritual Divino y eterno. Por toda la eternidad, Dios fue uno, o I. Esa unidad nos hace ver la Divinidad, ya que ella es el principio de toda la creación; y el círculo que la encierra, conteniendo en sí la unidad, contiene todo lo que de ella procedió. Los primeros espíritus emanados tenían, pues, su número, los superiores 10, los mayores 8, los inferiores 7 y los menores 4. Su número, antes de su prevaricación, era más fuerte que aquel que damos vulgarmente a los querubines, serafines y arcángeles, que aún no habían sido emanados. Me detendré un poco a considerar el estado del universo de los espíritus antes de su prevaricación. Toda la corte de la Divinidad gozaba de la más perfecta paz, ninguna sospecha de mal existía ya que la posibilidad del mal jamás existió en la Divinidad: todo ser salió puro, santo y sin mancha de Su seno. ¿De dónde, pues, vino el mal?

El mal no tuvo su principio sino en el pensamiento que el jefe demoníaco, que estaba libre, concibió sobre sí mismo, opuesto a la ley, al precepto y al mandamiento del Eterno; no es que el demonio sea el mismo mal, puesto que, si él cambia desde hoy su pensamiento malo, su acción cambiará también y desde ese instante, no existirá más el mal en toda la extensión del universo. El mal, repito, no tuvo su nacimiento sino en el pensamiento del demonio opuesto al de la Divinidad, pensamiento que concibió de su puro libre albedrío y por el cual se separó de la Divinidad; lo que originó el binario, número de la confusión, habiendo deseado existir independientemente de la Divinidad o Creador todopoderoso.

Dios manifestó su justicia contra ese espíritu perverso, precipitándolo con sus adherentes de la corte Divina hacia el círculo del universo; el espacio que había sido primeramente creado después de su prevaricación, y que fue cerrado por los espíritus del eje del fuego central, que fueron emancipados al mismo tiempo. Es lo que quiere

decir el salmo: "**Non accedet ad te malum**" "el mal no se aproximará a ti", por la barrera que forman esos espíritus del eje en las operaciones malvadas de los demonios. Una vez que los espíritus del eje del fuego central recibieron el verbo del Eterno, sacaron de su seno las tres esencias espirituales que allí estaban innatas desde a su emancipación, y modificaron esa materia en su indiferencia, distinguiendo esas esencias de manera que pudiesen retener la impresión.

Ese trabajo de los espíritus del eje forma una distinción de las tres esencias que, en su lugar en las esencias, todo tomó forma, y los diferentes cuerpos fueron creados; y desde que los cuerpos tuvieron forma, los espíritus del eje insertaron en cada uno de ellos un vehículo de su fuego espiritual, que es el principio de la vida de todos los cuerpos.

Me preguntaré, tal vez, dónde residían todas esas materias antes del ordenamiento que se denomina vulgarmente caos, y que denominamos la materia. Responderé que esa materia sin forma y vacía en su indiferencia, residía en el matraz filosófico, así como la figura siguiente lo muestra:

El trabajo de todos los diferentes espíritus del eje del fuego central fue conducido por la sabiduría del Eterno que la Escritura santa nos representa moviéndose sobre las aguas. Ahora, nada nos representa mejor la materia en su indiferencia que un agua sin curso y sin movimiento.

Era sobre ese principio de las esencias que el espíritu doblemente fuerte del Eterno conducía, dirigía y fijaba los límites a todos los diferentes seres de este universo, y conducía toda especie de operación de trabajo de los espíritus, factores operantes o fabricantes del eje del fuego central, o fuego increado. Es esa sabiduría que caminaba delante del Eterno y que aplaudía en santos transportes cada pensamiento Divino que el Eterno manifestaba por la creación de este universo diciendo:

*“Estoy en Ti y en tus obras, Creador todopoderoso, como Tú
estás en mí y en mis obras.
Aquel que vendrá después instruirá a tu criatura en el culto
por el cual debes ser servido.”*

El trabajo de los diferentes espíritus del eje se opera aún sobre esta superficie y se operará hasta el fin de los siglos, tal como operaron en el principio para la creación de todos los cuerpos de este universo; lo que haré ver claramente en la secuencia de estas instrucciones.

Por el momento, me contentaré con dar la explicación de la figura representando la Divinidad. Esa letra hebrea representa un nombre inefable de la Divinidad. Motivo por el cual los judíos jamás pronunciaron, por respeto, ese nombre, esa letra;

א

ALEPH Pronunciación que le dieron, no siendo la verdadera.

ב

BETH Segunda característica, representa la acción directa de la Divinidad

ג

GUIMEL Representa el Espíritu Santo conduciendo la operación de los espíritus del eje

ד

DALETH Representa el verbo ternario del Eterno, por medio del cual manifiesta a los espíritus del eje su inmenso pensamiento por la creación de este universo.

Los tres glóbulos que están en el matraz filosófico representan el principio de las esencias, o la materia en su indiferencia. Aunque se considere al Mercurio como el principio de las tres esencias, no se le debe dar, por lo tanto, una unidad absoluta, ya que no pertenecía a la Divinidad, o a los espíritus superiores 10, y a ninguna esencia. Así, esa unidad que se da a Mercurio es ternaria, y representa las tres esencias en su indiferencia, en relación unas con las otras, sin movimiento, sin formas; porque ellas no habían sido trabajadas, modificadas y operadas por la inmensidad de los espíritus agentes, factores u operantes del eje fuego central. Los denominamos eje del fuego central porque son adherentes a la corte de la Divinidad y eternos.

¿Podrían, tal vez, preguntarme por qué Dios, habiendo previsto el pensamiento malvado de los demonios no los contuvo en los límites que les estaban prescritos? Responderé a esa objeción diciendo que Dios es inmutable en sus decretos, sea respecto de lo que aprueba o condena su criatura y que no toma ninguna parte en las causas segundas, habiendo fundamentado todo ser sobre leyes invariables, y la primera de esas leyes es la libertad. Ahora, Dios no puede destruir, en cualquier espíritu que sea, su pensamiento sin destruir su libertad; si destruyese su libertad, destruiría la ley que dio a ese espíritu desde su emanación. Ahora, como la inmutabilidad de Dios es irrevocable, Él no puede tener de manera alguna, conocimiento del uso que hará de su libre albedrío todo ser libre. Porque, si la Divinidad hubiese tenido conocimiento parecería que Ella hubiera permitido el mal, lo que es imposible. Dios, siendo necesariamente bueno, no puede emanar sino seres como Él, pero distintos en su personalidad y libres. No obstante, Dios no hubiera podido destruir, incluso cuando hubiese tenido conocimiento de ese pensamiento en esos espíritus, sin destruir los atributos y la manifestación de su gloria y de su justicia: de su gloria para con los espíritus fieles, y de su justicia para con los espíritus perversos. Estemos, pues, bien convencidos, mis hermanos, de que el Eterno no previó jamás lo que no existía efectivamente en el pensamiento de un ser libre. Porque, si Él pudiese prever el uso de su libre albedrío, ese espíritu, desde ese instante, cesaría de ser libre. Más lo que la Divinidad concibe perfectamente, es el uso que hace cualquier espíritu de su libre albedrío. Desde el instante en que ese espíritu

concibe su pensamiento, sea bueno, sea ruin, es leído y juzgado por la Divinidad. Lo que le da el nombre de Dios vengador y remunerador: vengador del ultraje hecho a su ley, y remunerador del buen uso de esa ley para su mayor gloria.

Veamos, por tanto, bien, mis hermanos, que el principio o el origen del mal vino del orgullo. Ahora, por una secuencia necesaria, el principio de todo el bien debe ser la humildad, la paciencia y la caridad: la paciencia por la necesidad de soportar las fatigas de un penoso viaje, y la caridad por la necesidad absoluta de soportar los errores de nuestros semejantes y de procurar corregirlos volviéndolos buenos. Esa virtud es tan necesaria que una compañía de perversos no subsistiría veinticuatro horas si estuviese enteramente privada de esa virtud. Esa virtud en su perfección hace la reunión de todas las otras, visto que es la que más se aproxima a la Divinidad. Es, pues, mis hermanos, por la práctica constante de esas virtudes que nuestra unión será durable, y que engendrará innumerables frutos de inteligencia, de conocimiento y de sapiencia. Estableciendo una correspondencia más estrecha entre los hermanos unos con los otros, ella harán comunes los conocimientos particulares de cada uno, y producirá así la unidad, que es la base de la Orden.

Me felicito, mis hermanos, por el Eterno haberme dado la gracia de hablaros. Estad bien seguros de mi celo, de mi afecto y de mi deseo sincero para el bien general de este oriente.

La gracia que os pido es de aquí poner cada uno el mismo celo, y Dios secundará nuestros propósitos.

¡Amén!

SEGUNDA INSTRUCCIÓN

DE LA EXTRACCIÓN, DE LAS ESENCIAS Y DE LA MATERIA EN LA INDIFERENCIA

Mis hermanos,

Vimos en el discurso precedente el motivo de la creación de este universo, o del tiempo, que no debe comprenderse sino en la duración sucesiva de los diferentes cuerpos que lo componen, que por su curso de correspondencia forman intervalos iguales cuya medida es lo que se denomina vulgarmente el tiempo. (Mostraré, a continuación, como el alma está sujeta al tiempo mientras está en su prisión, o en el cuerpo del hombre.) Porque no es necesario pensar que la Divinidad pueda ser encerrada por algún límite: su inmensidad siendo infinita, ninguna creación puede contenerla; ni restringirla. Es, al contrario, la Divinidad la que contiene toda especie de emanación concerniente al espíritu, a la creación y a lo que dije respecto a las formas aparentes. Eso es tan verdadero que un espíritu puro y simple no podría estar sujeto al tiempo, una vez que existiendo sin cuerpo de materia, ningún cuerpo de esa materia aparente puede servirle de límite, pues su ley es superior a la de las formas, él penetra a través de todas las diferentes leyes que forman la apariencia de las formas y las comanda y dirige según la voluntad del Eterno. He aquí por qué ninguna parte de la creación puede tener su existencia sino por la operación de esos mismos espíritus; lo que explicaré aún mejor en la continuación de este trabajo, cuando hablaré de los cuerpos planetarios. Continuemos con la creación. La materia en su indiferencia residía en el matraz filosófico, así como explica la figura precedente. La Nada no poseía forma. Las esencias espirituales, siendo un aspecto unas de las otras sin movimiento, estaban en ese estado que se denomina vulgarmente caos. Lo que rompió ese estado de indiferencia y dio principio a la formación de los diferentes cuerpos fue la operación de los espíritus del eje fuego central, o fuego increado, que habían emanado de su seno esas mismas esencias. ¿Cuál fue su operación? Su operación fue modificar las esencias, con el objeto de retener la impresión y de crear distinción entre las esencias. Es esa distinción la que da principio a las formas, adaptando las diferentes divisiones y subdivisiones del número ternario a las modificaciones que los espíritus del eje habían hecho en las esencias, esto es, que su operación tornó la esencia de mercurio más sólida que las del azufre y de la sal, la del azufre más móvil que las del mercurio y la sal, y la de la sal más fluida que las del mercurio y del azufre. Esa primera distinción da primeramente nacimiento al número senario, ya que en el primer principio de la materia en su indiferencia, la mezcla ternaria residiendo en su indiferencia en el matraz filosófico no formaba ningún cuerpo aparente, ni susceptible de retener ninguna impresión. Fueron, pues los espíritus del eje fuego central aquellos que, conforme al pensamiento del Eterno, que les había sido anunciado por su verbo ternario, engendraron por su operación el número senario, dando la distinción a las esencias: mercurio, 1; azufre, siendo la segunda distinción, 2; la sal,

siendo la tercera, 3. Ahora, adicionando misteriosamente 1 y 2 hacen 3, y 3 más 3 hacen 6. He aquí, pues, la manifestación de los seis pensamientos del Eterno; y no de los seis días que la Escritura atribuye emblemáticamente al Eterno, una vez que, como ya dije antes, el Eterno siendo infinito en su inmensidad no puede tener ningún límite de duración sucesiva, que no es sino la mudanza de sucesión o de relación, de los cuerpos unos con los otros. Pero el Eterno manifiesta pensamientos que los diferentes espíritus ejecutan según el plano que les es dado. Vemos, pues, que del número ternario vino el senario, porque el verbo ternario del Eterno, estando toda la eternidad en Él, no puede tener principio, puesto que emanó del Eterno, más el número senario fue engendrado por la operación de los espíritus del eje; así, pruebo por demostración la necesidad del fin de este universo ya que él no existe en principio sino por la operación de los espíritus del eje, y que la operación de cualquier espíritu siendo finita, no puede durar sino todo el tiempo que el Ser infinito lo rige; lo que hace caer por tierra la objeción de la eternidad de la materia, pues es imposible que todo lo que tuvo un principio pueda durar siempre, debe necesariamente tener fin. Vemos, pues, el nacimiento del número senario en cuanto a las formas. Es necesario no confundir los números con los cuerpos. El número, como ya dije anteriormente, es coeterno, pues, por toda la eternidad, el número ha estado en Dios. Mas los cuerpos no siendo realmente sino aparentes, y no subsistiendo sino por la operación de los espíritus, no pueden considerarse sino como pasivos. Puesto que la operación de los diferentes espíritus será infinita, ellos cesarán, y no será más discutido sobre este universo como era antes de su formación. Denomino la división de las esencias -mercurio, 1, azufre, 2 y sal 3 -al nacimiento del número senario, ya que fue la operación de los espíritus del eje lo que le dio nacimiento. El principio de todos los cuerpos fue, pues, el número ternario; la formación de esos mismos cuerpos el número senario, que realizó los seis pensamientos que Dios había tenido para la creación de este universo, manifestados a los espíritus agentes, hacedores o fabricantes del eje fuego central. A partir del momento en que el número senario tuvo su realización, las formas tuvieron su nacimiento; y para mejor probarlo, no tenemos sino que observar lo que sigue sobre los tres números 3, 6 e 9. El número es la subdivisión de las esencias en todos los cuerpos. El principio de mercurio es una mezcla ternaria que contiene en él azufre y sal, 3; el azufre contiene sal y mercurio, 3; la sal contiene mercurio y azufre, 3. La subdivisión da, pues, 9; porque la unidad propiamente dicha no podría pertenecer a los cuerpos, ella no pertenece sino a la Divinidad. La unidad atribuida en la división simple al mercurio no es considerada sino relativamente a la mezcla del mercurio, que es la base de las otras dos. El número 9 es, pues, la subdivisión de las tres esencias, o de los diferentes cuerpos, así como sigue: 3 al mercurio, 3 al azufre y 3 a la sal hacen 9. Así, 3 para las esencias consideradas en su particularidad, 6 para la división y 9 para la subdivisión; 3, 6. 9/18/9. He aquí el origen de la materia. Nos resta hablar del triángulo, lo que haremos a continuación. Por el momento, me contentaré en considerarlo por su Número: 1 1 D 1 1 al oeste, 1 al sur y 1 al norte dan el número 3, el ternario, de modo que, añadiéndolo al producto de arriba, tenemos: 3, 6/18/9, 3/12/3. Se obtiene el

producto de 3, que nos hace ver claramente que el complemento de la operación de los espíritus del eje nos da el número ternario luego de haber pasado por la división y subdivisión, siempre para realizar la ley que el Eterno había manifestado a los espíritus del eje. El verbo del Eterno era ternario, y la operación de los espíritus del eje también lo era. Adicionemos el verbo 3 a la operación de los espíritus del eje, tendremos el número 6. Ahora, el verbo ternario habiendo venido de Dios, debe retornar a Él, pero el producto ternario de los espíritus habiendo venido de Dios, debe retornar a Él, más el producto ternario de los espíritus del eje habiendo tenido inicio es pasivo, debe terminar. No había allí sino el pensamiento del Eterno, que forma la ley del universo, ley que sustenta toda la creación. Las leyes de apariencia de los diferentes cuerpos no pueden durar ya que esta ley subsistirá, pues es ella quien sustenta esa misma operación. El Hombre de deseo que sigue las leyes del Eterno no podría conocer más la privación, puesto que, uniéndose íntimamente a la ley eterna, la ley pasiva de las formas no podría ser un límite para él.

Ved, pues Mis hermanos, un principio de la necesidad que tenemos todos de seguir esas santas leyes, pues a medida que nos aproximamos al Eterno, la Luz se aproxima a nosotros. Si nosotros nos separamos de Él, las tinieblas se apoderan de nosotros. Daré la explicación siguiente a las diferentes dimensiones del triángulo; por el momento, continuaré aún sobre la creación de los diferentes cuerpos.

¿Me preguntarán, tal vez, cómo los espíritus del eje pudieron emanar de su seno las 3 esencias, y cómo pudieron a través de ellas formar todos los cuerpos de este universo sin ninguna materia? Responderé que, desde el principio de su emanación, esos seres tenían innatos en su seno esas tres esencias, que no deben ser consideradas sino como un producto de su operación. Es, pues, de esa operación única, según el pensamiento del Eterno, que todas las formas tuvieron lugar. Ahora, diré que la prueba física que esta operación de los diferentes espíritus es la única cosa que da existencia a las formas, es que los espíritus que comandan los diferentes cuerpos de este universo no podrían ser limitados por esos mismos cuerpos, así como se puede observar que existen hombres que ven en el cuerpo de un hombre la circulación de la sangre, otros en el cuerpo general de la tierra la circulación de las aguas, otros que ven, en un altar, o en una distancia prodigiosa, cuerpos que los otros hombres no podrían percibir. Las virtudes particulares de esos hombres nos hacen ver bien que las leyes de la privación no son las mismas entre todos los hombres, una vez que la mayor parte de los otros hombres están privados de ver las cosas de las cuales acabo de hablar. Si la materia fuese real, todos los hombres verían de la misma manera, no habría para todos ellos sino la misma ley, así como se puede convencer por el pensamiento, que es el mismo entre todos los hombres y en los objetos eternos como él, tales como los números. El triángulo D, presentado a todos los hombres del universo, da el pensamiento distinto del número ternario, una vez que un ángulo no es el otro, aunque las propiedades de esa figura sean inmensas. Pero, en el momento en que cada hombre lo considera, el pensamiento que de ahí resulta por los números es el mismo. La superioridad de los hombres viene pues, más o menos de la

pureza que les hace observar un mayor número de propiedades. Ahora, la particularidad distinta de cada hombre en lo que se relaciona con los espíritus viene del pensamiento, que es más o menos variado en sus propiedades siempre relativas a la operación de esos mismos espíritus. La materia no es, pues, sino aparente, y no subsiste sino por el trabajo que los diferentes espíritus hacen para hacérsela parecer tal como es; no hay ninguno de los espíritus que operándola no sea infinitamente superior a ella, una vez que su operación siendo finita, y siendo todos eternos, gobiernan todos sus trabajos, que no subsisten sino por la ley del Eterno y que no tendrán fin sino cuando esa ley sea realizada. Es por tanto, Mis hermanos, del número ternario que toda producción de forma se hace, así como sigue: 1 a la Divinidad, 2 al demonio, y 3 a las formas que vinieron para contener esos mismos demonios.

Los espíritus del eje fuego central tuvieron toda especie de facultad para la producción, la conservación y la reintegración de los diferentes cuerpos. No es sorprendente que su operación haya producido este universo, que fue creado para contener los primeros espíritus perversos, y para servir de barrera a sus malas operaciones, que no prevalecerán jamás contra las leyes inalterables que el Eterno destinó a cada parte de este universo. El número ternario, como vimos, es la operación que los diferentes espíritus realizaron para contener la confusión. Igualmente, todos los esfuerzos de esos espíritus jamás destruirán algún género o alguna especie de los cuerpos que componen esa creación, ni alterarán en nada su durabilidad, ya que los sustentáculos de esos mismos cuerpos son espíritus superiores a todos sus antagonistas y que tienen a Dios en su mente, en cuanto a los espíritus malos están continuamente limitados en sus trabajos de destrucción, porque la destrucción no pudiendo tener sino una fuerza limitada por la desunión que de ahí resulta, se encuentra forzada a ceder a la unión indisoluble de las partes constitutivas del todo, operantes por medio del apoyo de la Naturaleza, como se puede comprobar lanzando una ojeada sobre las reproducciones de la vegetación. Si el sembrador que planta un campo sembrase trigo u otro grano, y la mitad de la producción de la vegetación de su siembra fuese buena y la otra estragada, no se podría jamás sacar trigo de la tierra, visto que la podredumbre siendo igual a la buena vegetación produciría una mezcla desigual que no daría jamás harina. Ahora, está demostrado que se retira de las diferentes simientes que sembramos sobre el cuerpo general, o la tierra, más grano bueno que granos ruines, pues todos los seres de forma aparente que están sobre la superficie de la tierra de ellos se alimentan. Esa inducción puede llevarnos a observar que lo mismo acontece para todos los diferentes cuerpos que son sin cesar atacados y que subsisten a todas las dolencias. Entretanto, luego del inicio de este universo, ningún género de los diferentes cuerpos fue destruido. Lo que debe convencernos de la superioridad de la acción de los espíritus obrando para el bien sobre aquellos que operan para el mal: una es benigna y pura, santa y durable; y la otra es impura y pasiva, pues cuando el universo haya hecho su reintegración, la operación de los malos espíritus contra él terminará, o, aún, que aquella de todos los espíritus contra él terminará, o, incluso, que aquella de todos los espíritus buenos que contribuyeron a

su producción, su manutención y su reintegración, comenzará un nuevo género de acciones siguiendo las leyes santísimas que agrada al Eterno trazar. He aquí, Mis hermanos, por el número ternario. En el discurso siguiente hablaremos de las diferentes propiedades del triángulo y de la emanación del hombre. Convido a todos a una unión eterna e indisoluble que nada pueda alterar. Vuestra constancia en uniros será el sello de vuestra felicidad. Uníos a mí para rogar al Eterno que nos dé a todos la gracia de caminar cada vez más en la Luz. La Orden que abrazasteis es la depositaria de la Luz que debe conducirlos. Vuestra exactitud, vuestro celo y vuestra perseverancia en seguirla serán ampliamente recompensados, y, en cuanto todo conspira para alejar al hombre de su principio, seréis los depositarios del rumbo que debe allí conducir al hombre para no alejarse más de él. Que la caridad esté eternamente en todos nosotros.

¡Amén!

TERCERA INSTRUCCIÓN

DE LA MODIFICACIÓN DE LAS ESENCIAS Y DE LAS DIVERSAS PROPIEDADES DEL TRIÁNGULO

Mis Hermanos,

Vimos por los discursos precedentes la materia en su indiferencia residente en el matraz filosófico; seguiremos ahora los diferentes trabajos de los espíritus del eje fuego central que dieron forma a esa cantidad informe de esencias espirituales.

El Eterno habiendo concebido crear este universo para ser el asilo de los primeros espíritus perversos y para contener su operación ruin que no prevalecerá jamás contra sus santas leyes, le apareció, en su imaginación pensante Divina, la forma del triángulo equilátero, para ser la del regente de este universo, o del hombre, y del cuerpo general, o de la tierra, y para ser la de la operación de todos los cuerpos inmensos de este universo. Ahora, como ningún pensamiento puede quedar en lo Eterno sin acción, lanzó fuera de su seno su verbo de creación que estaba en el centro del triángulo equilátero, y lo hizo descender entre los espíritus del eje fuego central para que ellos lo ejecutasen conforme a su contenido. La secuencia de este discurso hará ver que el triángulo equilátero contiene no solamente todos los números de la forma de este universo, sino también todos los números coeternos. Esa figura, famosa entre los antiguos es considerada con mucha veneración, nos anuncia bien que ella encierra grandes cosas. En efecto, es por medio del triángulo que nos elevamos a todos los conocimientos, sean espirituales Divinos, sean espirituales temporales. El triángulo equilátero contenía, en su verbo ternario, la ley, el plano y la operación de todos los cuerpos de este universo. Esto fue para los espíritus del eje fuego central lo que representa el plano de un soberbio palacio para los albañiles que lo ejecutan: teniendo innatos en ellos los materiales convenientes para esa ejecución, no es sorprendente que lo hayan ejecutado con mucha regularidad, orden y proporción, pues la propia sabiduría del Padre dirigía la ejecución de ese plano y presidía los diferentes trabajos necesarios y fijaba en todo ser el límite que debería tener. El aspecto de la figura del triángulo inscrito en el círculo nos da claramente la idea de un número ternario por sus tres ángulos: damos el oeste al ángulo saliente inferior, el sur al segundo y el norte al tercero. Esos tres ángulos nos dan la idea de la división que los espíritus del eje dieron a la materia en la universalidad de las formas, modificando las esencias según la forma triangular, esto es, dando la parte sólida al oeste, que denominamos mercurio, la parte fogosa al sur dada al azufre, y la parte salina al norte dada a la sal, o la parte acuática. Es positivamente esa distinción la que da forma a todo el universo. Pero, para hacerla sentir mejor, daré una imagen palpable en la formación de una criatura en el seno de su madre.

Si observamos el esperma reproductivo, no solamente del cuerpo del hombre, sino de la mayor parte de los animales, nos representa la materia en su indiferencia. Se nos dirá que da los indicios de una mezcla modificada, ya que no tiene positivamente forma; del mismo modo fue la primera esencia que los espíritus del eje central extrajeron de su seno. Esa simiente insertada en la matriz, que sirve de horno para la cocción del embrión, es primeramente trabajada por los espíritus del eje y los espíritus elementares, que modifican el mercurio y forman una distinción. A partir del momento en que la distinción está establecida, el embrión toma forma, esto es, desde que la esencia del

mercurio, que constituye la parte ósea, quedó distinta de la parte sulfurosa que forma la sangre, y de la parte salina que forma la carne. Desde entonces, el embrión tomó cuerpo, lo que acontece en el término de cuarenta días. Como todos los sabios del universo saben físicamente que el ser espiritual Divino desciende en el cuerpo de la criatura residiendo en el centro de la matriz y nadando en el fluido, cubierto por un velo o envoltura, no dudemos, Mis hermanos, que ese trabajo que se hace para la formación de la criatura no sea realmente el mismo que se hace para la creación de este universo. Los espíritus del eje poseían desde su emanación una esencia espiritual que podemos considerar como simiente productiva de las formas. Del mismo modo que esa simiente es operada en la matriz, igualmente ellos la operan en el matraz filosófico, que se puede inclusive considerar como la matriz del universo. ¿Más cuál fue el plano que siguieron los espíritus del eje? Ese fue, como ya dije, el triángulo equilátero (ved la figura). Damos 1 al mercurio en el oeste, formando lo sólido; 2, al azufre en el sur, formando lo fogoso; y 3, a la sal, en el norte, o fluido. La unidad es aún dada al mercurio, habiendo sido la primera mezcla; 2 al azufre habiendo sido la segunda; y 3 a la sal, habiendo sido la tercera, lo que nos da claramente el número de la hechura, 6, como dice la Escritura emblemáticamente que Dios emplea 6 días para la formación del universo. Ahora, sabemos que Dios es un ser infinito, todopoderoso y sin límites. Lo que es sin límites no puede estar sujeto al tiempo. Así, los seis días significan que Dios empleó seis pensamientos para la formación de este universo, y la prueba de eso es palpable, porque todos los cuerpos traen consigo la imagen.

¿Cuál es ahora el plano que esos mismos espíritus siguen para la formación del cuerpo de la criatura? La imagen de este universo, que no es otra cosa sino la repetición de la del triángulo. El cuerpo del hombre tiene una figura triangular equilátera perfecta y contiene resumidamente todo lo que el universo contiene en su inmensidad, lo que hizo que los sabios denominasen al cuerpo del hombre el microcosmos, o el pequeño mundo. Vemos, pues, una semejanza perfecta de la operación de los espíritus del eje para la formación del universo, con aquellas que hacen aún todos los días para la formación del cuerpo de una criatura. En una, ellos siguieron el plano que el Eterno les envió, que es el triángulo equilátero en el centro del cual estaba el verbo ternario de la creación. Los mismos espíritus emplean, en la otra, para la formación del cuerpo de la criatura, el plano de todo este universo: lo que haré ver en detalle a continuación, demostrando, en la enumeración de todas las partes del cuerpo del hombre su similitud con aquellas del gran mundo o el universo, que distinguiremos en tres partes, a saber lo universal, que es dado en el círculo del eje fuego central, lo general dado a la tierra, y lo particular dado a todos los seres espirituales Divinos y animales espirituales de este universo.

Los diferentes espíritus del eje ejecutaron, pues, el plano que el Eterno les había manifestado por su verbo de creación en el centro del triángulo equilátero. En el primer principio, la mixtura de mercurio en su indiferencia era ternaria, ya que la unidad propiamente dicha es puramente espiritual y no podría pertenecer a las formas; pero se

considera a las esencias en el matraz filosófico como sin movimiento, unas respecto de las otras. El trabajo que hicieron los espíritus fue de diferenciarlas; de donde vemos nacer los diferentes números de creación, a saber 3 a esas tres esencias, 6 a la subdivisión simple, como lo dijimos arriba, y 9 a la subdivisión, porque esas tres esencias siendo mixtas, contienen, aunque distintas, cada una, una parte unas de las otras. Adicionad los tres números: 3, 6, 9/18/9. Dan 18 que adicionado a él mismo, da 9. Adicionad aún a ese 9 los tres ángulos del triángulo equilátero: 9 y 3 hacen 12/3. Vemos, pues, que el plano que apareció en la imaginación del Eterno era ternario, puesto que era un triángulo equilátero. Así, los espíritus del eje operaron en la creación de este universo el número ternario, pues todos los cuerpos de este universo, tanto celestes como terrestres, contienen ese número, después de las cuatro operaciones de producción, división, subdivisión y de figura: lo que se puede observar en toda la naturaleza, es que no se ve sino la tierra dada al sólido mercurio, el fuego dado al azufre, y el agua dada a la sal. Es necesario evitar hacer cuatro principios, como los hombres de tinieblas de este siglo, que distinguen la parte aérea. No hay aquí positivamente sino tres principios. El aire no es sino un agua enrarecida y, si quisiesen dividirla, se encontraría todavía el número ternario: el agua, el aire y el éter que calificamos como cristalino y que la Escritura Santa denomina las aguas superiores. Toda la diferencia que existe entre esas aguas con aquellas que rodean el cuerpo general, o la tierra, es que cuanto más ellas descienden, más peso tienen, lo que se puede verificar por la diferencia del aire de una parte baja con el que se respira sobre una parte elevada; uno es espeso y el otro está enrarecido, y lo es en razón de la elevación. Todas las formas tomaron sus principios de esas tres esencias y es por ellas que son alimentadas durante su fase de producción, de vegetación y de reintegración, que forma la duración sucesiva de los diferentes cuerpos de este universo, que no pueden durar, en razón de la vida, de la forma y de la figura en la medida en que son alimentados por la mezcla de su naturaleza. De donde demuestro físicamente que ningún ser espiritual Divino puede tener la vida espiritual Divina sin estar unido al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, porque los cuerpos más groseros de este universo, como los más ornados y los más perfectos, fueron creados por orden del Eterno para ver una imagen palpable de lo que sucede en la parte espiritual Divina. Vemos, pues, la similitud que hay en razón de la semejanza del ser espiritual Divino: uno es eterno y otro es pasivo. Mientras tanto, como el pasivo fue creado para servir de prisión al ser menor eterno, contiene no solamente en sí su existencia particular, mas sirve incluso de libro de ley a ese ser espiritual Divino. ¡He aquí las tablas famosas que Moisés portaba en sus manos, al descender de la montaña! Una, en la mano derecha, disponía la ley que el Eterno animó en el ser menor espiritual Divino, y aquella de la mano izquierda plasmaba la ley que Él animó en la forma, para constituir la fuerza durante el tiempo de su curso temporal. ¿De qué se trata, pues, Mis hermanos? ¿Se trata de hacer descubrimientos inmensos y de pasar su vida en la meditación? Absolutamente no. Se trata de seguir, cada uno de nosotros, esa ley inefable que Dios grabó en cada uno de nosotros y que habla sin cesar en nosotros mismos. Es escuchando la voz de

aquel que nos la presenta sin cesar, que llegaremos a descubrir las cosas que nos fueron ocultadas por el velo que dejamos colocar sobre las tablas de la Ley, de forma que Israel forzó a Moisés a colocar un velo sobre su cabeza al leerle la Ley, porque sus almas no estaban suficientemente puras para soportar el aspecto de fuego que salía de la cabeza de Moisés. Ahora, todos los hombres tienen ese velo cuando hacen el mal y lo rasgan al hacer el bien. Aquel que lo tiene en las manos es el ser más perfecto. Es, pues, en dirección de esa luz Divina que se deben dirigir todas nuestras pesquisas en la medida en que aquel que trabaja para llegar ahí, emplea su voluntad. Todas esas verdades son demostradas cada día bajo nuestros ojos por los diferentes seres que nos rodean y que no alcanzan éxito en ningún emprendimiento de cualquier naturaleza que sea, sino por la constancia que tienen que seguir. Ahora, esa constancia parte de un gran deseo de conocer a fondo lo que se busca. Citaré a ese respecto el ejemplo de un hombre que cayó en un pozo bien profundo, y que se encuentra solo. Es preciso, para que salga de allí, que dé el impulso necesario. Si, cuando está casi en el medio comienza a impacientarse por no llegar arriba, corre el riesgo de volver a caer, y si su impaciencia continúa, corre gran riesgo de perder las fuerzas necesarias para salir de allí, incluso con todos los socorros humanos. Acabamos de ver como el triángulo contiene en si las diferentes dimensiones de las formas aparentes y que es por él, según la ley del Eterno insertada en el centro de dicho triángulo, que la inmensidad de los espíritus del eje fuego central operó todas las formas de este universo. Haré ver en el discurso siguiente como se hizo la explosión de las formas contenidas en el matraz filosófico. Réstame recomendarme a vuestras preces y de rogaros que vuestras reuniones adquieran la mayor regularidad y que sean seguidas sin ninguna interrupción; lo que pido con toda mi alma al Eterno y que Él esté siempre con todos nosotros.

¡Amén!

CUARTA INSTRUCCIÓN

DE LA EXPLOSIÓN DE LAS FORMAS Y DE LA NECESIDAD DEL CUATERNARIO

Mis hermanos,

Desde que la inmensidad de los espíritus del eje fue modificada, las esencias que habían extraído fuera de su seno hasta el punto de retener impresión, esto es, que distinguieron los tres principios en sólido dado al mercurio, en móvil dado al azufre y

el fluido dado a la sal. A partir de ese momento, todo toma vida por el vehículo eje central, que los espíritus insertaron en cada cuerpo para servir de punto de reunión a la operación de esos mismos espíritus para la producción, vegetación y reintegración; desde entonces, el vacío de que habla la Escritura cesa. No se puede entender el vacío sino por medio de la privación de ese vehículo en todos los cuerpos, de forma que lo que ella dice, que todo era sin forma, debe comprenderse como la indiferencia de la materia de su principio, por la ausencia de la modificación y de la distinción que da forma a lo que era informe, y vida a lo que estaba privado de ella. La materia residiendo en el matraz filosófico conforme los espíritus del eje la habían emanado fuera de sí mismos, era en su indiferencia, 1. Los espíritus del eje la modificaron, y, desde que sus principios fueron distintos en sus mezclas, todo tuvo forma, 2. Después de todo tener forma, ellos dieron, para formar la vida o el movimiento de todos los cuerpos, su vehículo eje central en todos esos cuerpos, 3. Paremos aquí. Los espíritus del eje, habiendo hecho todo ese trabajo, realizaron la ley, el precepto y la orden, que estaban innatos en ellos desde su emanación, ejecutando seis pensamientos del Eterno contenidos en el triángulo equilátero, imagen que el Eterno había concebido para la creación de este universo y de aquel que debía allí presidir, y en el verbo ternario residente en el centro del triángulo tal como la figura del discurso precedente lo representa, y da claramente la idea del número ternario, ya que cualquier hombre que sea del universo no podrá refutar que el ángulo del oeste no es el ángulo del sur, el ángulo del sur no es el ángulo del norte y el ángulo del norte nada tiene de los otros dos, lo que da claramente la idea del número ternario. El verbo que estaba en el centro es también ternario, como lo demostraré por la figura presentada abajo.

Consideraré el triángulo inscrito en los tres círculos. No es necesario ser matemático; la naturaleza actúa más simplemente que sus procedimientos fatídicos y puramente materiales. No es preciso sino dos ojos para ver que el centro es el generador del triángulo; y no solamente de él, más de toda la figura. Para convencerse de eso, no tenemos sino que observar la dificultad que tenemos en describir un triángulo equilátero sin su centro, que se describe con facilidad cuando se parte de ese triángulo. La naturaleza escoge siempre la más simple vía, y todo lo que no está marcado con ese sello debe ser observado como apócrifo. No solamente el centro es el generador del triángulo, mas es también su vida: las tres líneas que parten del centro nos hacen ver su relación íntima con los tres ángulos. Si esa relación cesase, el triángulo equilátero estaría muerto, esto es, tendría otra figura que no sería más la suya. Ahora, la figura del triángulo equilátero conteniendo todos los números coeternos, no puede pues morir, ya que ella fue producida por el pensamiento directo del Eterno.

Ahora, lo que sale de esa fuente inefable e imprevisible como ella, es ciertamente el plano de los espíritus del eje, como haré sentir bien claramente. ¿No es verdad que una vez que los tres principios, mercurio, azufre y sal, habiendo sido distintos, formaron todos los cuerpos de este universo? Me atengo a aquel principio del cuerpo general, o la tierra, que es un triángulo equilátero. ¿No es verdadero que esos tres ángulos

terrestres, o de cualquiera otra forma, no podrían tener aquí movimiento, ni vegetación, ni producción alguna, sin ese vehículo que es la vida de todos los cuerpos? Ahora, veamos bien, físicamente, que ese vehículo es ternario: por una de sus modificaciones opera sobre el mercurio, por otra opera sobre el azufre, y por la tercera opera sobre la sal. Si no tuviera el número ternario, no podría accionar sobre los tres principios de los diferentes cuerpos, por una ley inmutable que el Eterno estableció en el universo de los espíritus como en los cuerpos, que ningún ser puede unirse a otro si no tiene principios de la naturaleza de ese ser. Ahora, todos los cuerpos del universo se unen unos a los otros, lo que prueba bien claramente que todos ellos tienen los mismos principios. Vemos, pues que la vida de todos los cuerpos es necesariamente ternaria, para poder mantener los tres principios de la mezcla que los compone. Esto es tan verdadero que la retirada de ese vehículo produce lo que se denomina vulgarmente la muerte del cuerpo, y que llamamos reintegración. Si existe algún incrédulo sobre lo arriba citado, he aquí una experiencia para convencerlo. Cuando tú buscas bien lejos en el universo, ¡oh hombre!, mis obras, tú ignoras que ellas están junto a ti; búscalas, no en los libros, compilación de la imaginación orgullosa de tus semejanzas, más en mis obras más simples. Observa tu hornillo, para convencerte que la reintegración del cuerpo viene de la retirada del vehículo. Observa que tú tienes necesidad de salir de ese vehículo, primeramente del fuego, 1, que se comunica con el de una piedra, 2, y que da, al fin la explosión a un fuego más sutil, que es el del azufre contenido en un fósforo, 3. Se puede considerar el fuego de ese fósforo como el generador del de la leña. El fósforo, 1, ocasiona el fuego de la leña, 2, y el de la leña aquel del aéreo, que es la llama, 3. Veamos ahora su reintegración y comencemos por el aéreo dado a la sal. El humo, 1, comienza a reintegrarse en su principio, el aire o la sal; lo fogoso, 2, se reintegra en su principio solar, o azufre; y, al fin, el mercurio, cuerpo sólido, caída sobre la superficie terrestre componiendo la ceniza, 3. Vemos, por todos esos ejemplos, que la materia tomó forma por la disposición de las tres esencias, y que las formas tuvieron vida a través del vehículo. De la misma manera ocurre con la ruptura del matraz filosófico, que se hizo por la retirada del espíritu doblemente fuerte del Creador, que mantenía en privación del movimiento todas las formas contenidas en el matraz. Pero, una vez que vio que ellas habían sido formadas por los espíritus del eje, y que habían operado según el pensamiento de su Padre eterno, ese Verbo del Padre rompió la barrera que había colocado en todos los cuerpos y les traza, así como a los diferentes seres espirituales Divinos que los conducían, las diferentes operaciones que deberían seguir, ya fueran acciones espirituales Divinas como leyes de curso para los diferentes seres corporificados. Ahora, la ruptura del matraz filosófico, o lo que denominamos vulgarmente, el caos, se comienza a hacer en el lugar que el cuerpo general, dirigido en esa actividad por la Sabiduría, vino a ocupar en el centro del círculo universal, el cuerpo general debiendo ser por su forma triangular, el punto central de la operación de los diferentes cuerpos de todo el universo; lo que demostraré aún mejor a continuación cuando hablaré de los cuerpos celestes.

Desde que el cuerpo general tomó su lugar, los cuerpos particulares tomaron los suyos, que les fueron fijados de la misma forma por la Sabiduría Divina del Padre. Veremos aún el número ternario por el círculo universal, el cuerpo general y los cuerpos particulares. Es por la reunión de la acción de esas tres clases de seres de este universo que toda la vida pasiva, y que la ley de las formas aparentes subsiste durante su curso de vegetación, producción y hasta el momento de su reintegración; aquello que se ve con los ojos de la forma, que, sin la acción espiritual de los espíritus del eje del fuego central que actúan sin cesar sobre todos los cuerpos, sobre el vehículo eje central que allí habían insertado, sin la reacción del astro solar, nada, no teniendo vivificación en esa superficie, nada podría producir.

Observad bien, Mis hermanos, que, desde que el universo tuvo su lugar, conforme el Eterno lo concibió en su pensamiento, fue presentado por nuestro Divino Maestro, que le mostró su obra realizada, para que se dignase concederle el sello de su bendición. Es esta bendición, o esa dedicación del templo universal hecha al Eterno, la que nos hace concebir el principio del número cuaternario hecho de cuerpos y del número septenario. Haré ver, por todo lo que fue precedido, que el universo, siendo senario por su doble ternario de forma aparente y de vida de forma, fue hecho sobre el plano que el Eterno había enviado a los diferentes espíritus del eje, por su verbo ternario al centro del triángulo, porque las tres esencias son para su vehículo lo que el triángulo es para el verbo del Eterno. Es ese verbo que Dios concibió y manifestó, en el centro de su triángulo, a los espíritus del eje del fuego central, que sustenta todo este universo, de la misma forma que el vehículo hace la sustentación de todas las formas. El vehículo termina su reintegración entre los espíritus del eje que lo produjeron, en cambio el verbo del Padre, siendo eterno, subsistirá para siempre en el Ser todopoderoso que lo emanó, después de haberse reintegrado dentro de sí mismo. El número cuaternario tuvo su inicio en la unión que el Eterno hizo de todo su universo en él dedicando y formando la vivificación de todos los espíritus, de todas las vidas y de todas las formas, y sirviendo de centro vivificante, vivo y de vida eterna para los seres espirituales Divinos y de vida de producción, vegetación y reintegración, durante el período de duración de todas las formas de este universo.

Dios es tan esencialmente esencial a la duración de todo ser de este universo que un grano de arena no puede tener forma sino estando unido a Él. El grano de arena contiene las tres esencias y el vehículo, 6. Ahora, el mismo vehículo no puede tener vida sino cuando está vivificado. Luego, la vivificación pertenece necesariamente a Dios, que mantiene sin cesar todo el universo de los seres, lo que forma el número cuaternario: las esencias, 1: la forma, 2: la vida, 3; y la vivificación, 4. Igualmente, dividiendo las tres esencias, 3, la vida de las formas, 3, da el número senario, 6. La vivificación no puede tener lugar sino por el septenario: es el rayo dividido seis veces, que es engendrado por el centro, y que forma seis triángulos equiláteros, para mostrar que la ley del Eterno es universal, ya que es imposible describir un círculo sin partir del centro. El centro está para el círculo así como el vehículo está para todos los cuerpos. La ignorancia de ese

centro vuelve el círculo inútil para todo hombre que quiera operar sobre él, y la retirada del vehículo torna toda forma sin movimiento, en putrefacción, y hace cesar definitivamente su ley de apariencia para su reintegración. Hagamos sentir mejor la necesidad del número cuaternario. El eje central, 1, produce y mantiene todos los cuerpos de este universo, 2; el sol los vivifica, 3. Ahora, como el círculo del eje central está en comunicación directa con los supracelestiales, toma la vivificación, que les comunica, de la Divinidad, 4; lo que nos hace ver que, desde el cedro hasta el hisopo, desde el insecto hasta el elefante, desde la ballena hasta el icneumon, todo subsiste en este universo por el número formidable del cuaternario, siendo el de la Divinidad, y que completa su cuátriple (en francés *quatriple*, expresión creada por Martínez de Pasqually, significando el cuaternario Creador que deriva de la Trinidad Divina) esencia indivisible, inmutable, infinita e inalterable. Indivisible, porque nada puede subsistir sino por su unión y que, fuera de él, todo deja de ser, incluso como vida espiritual Divina, una vez que cae en la muerte de la privación eterna; inmutable, porque no muda jamás, siendo su naturaleza inagotable; infinito, puesto que es coeterno con la Divinidad, sin principio ni fin; e inalterable, porque es a través de él que la Divinidad opera toda emanación, toda creación, toda reintegración. Es en fin por él que toda ley Divina opera, tanto sobre los seres más perfectos de los espíritus eternos como sobre los seres más brutos de forma aparente de esa superficie, puesto que nada puede tener forma, movimiento y vida sino por él, y que nada puede existir sino por su unión. Es, en fin, él que nos hace ver al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo y al menor.

En el discurso siguiente, hablaremos de las diferentes producciones de la naturaleza, de las diferentes formas de este universo. Por el momento, observemos, Mis hermanos, que todo lo que dije en los discursos precedentes, y que acabé de decir, nos prueba que este universo tuvo forma y ya comienza a operar, antes que el hombre hubiese salido del seno del Creador. Ese asunto será tratado en la sexta INSTRUCCIÓN, donde abordaré, con el amparo del Eterno, su emanación.

¡Amén!

QUINTA INSTRUCCIÓN

DE LAS DIFERENTES PRODUCCIONES DE LA NATURALEZA Y DE LAS DIFERENTES FORMAS DE ESTE UNIVERSO

Mis Hermanos,

Este vasto universo, creado por el pensamiento todopoderoso del Eterno, ofrece muchas bellezas que se pueden contemplar en detalle. Los tres círculos de la figura de arriba son las tres principales partes que vivifican la superficie del cuerpo general terrestre. El primero de esos círculos, denominado círculo universal, está compuesto por

un número inmenso de espíritus fogosos del eje del fuego central, que actúan sin cesar sobre todo lo que tiene vida en este universo, que contiene uno de sus vehículos. La acción de esos espíritus es tan prodigiosa que ella consumiría luego todos los cuerpos celestes y terrestres; más la Sabiduría eterna allí destinó el segundo círculo que llamamos cristalino, que está compuesto también de un número prodigioso de espíritus, cuya acción benigna acuática, húmeda, calma el gran fuego de los primeros. El tercero círculo está compuesto por espíritus elementares que nos rodean. Es por medio de esos tres círculos que toda la naturaleza se mantiene.

La prueba física de lo que digo de esos círculos se encuentra en los tres ángulos del triángulo equilátero de nuestra tierra, que nos muestra la acción de esos tres círculos sobre ella. El ángulo del oeste contiene todos los sólidos; en él se encuentran todas las rocas; corresponde también al mercurio. El ángulo del sur corresponde al azufre; también notamos que ese ángulo de la tierra está repleto de fuego, todos los volcanes allí parecen reunidos. El ángulo del norte, que corresponde a la sal, reúne todos los hielos que, como todos saben, no es sino una sal congelada, ya que se hace hielo por medio de la sal, etc. La reunión de esos tres ángulos y de esos tres círculos nos da el número senario, que nos hace ver los seis pensamientos del Eterno.

La parte superior alimenta la inferior, de la misma forma que la boca, que no es sino por donde pasan los alimentos, nutre el resto del cuerpo: de la misma forma ocurre con toda la superficie terrestre. Una prueba palpable de que no hay allí sino tres elementos, la tierra, el fuego y el agua -y no el aire, que no es sino un agua más enrarecida, que corresponde a los tres reinos: no hay seguramente ningún reino en la parte aérea. Todo lo que aquí está nació sobre el cuerpo general, o la tierra, y ella misma está contenida en esos tres reinos. Toda especie volátil nació sobre la superficie terrestre y no puede siquiera sustentarse sobre lo aéreo sino por un movimiento continuo que no le hace sentir bien, por la fatiga que le da, que ella no está hecha para vivir en el aire, como el pez, por ejemplo, que pone sus huevos y se reproduce en el agua. No ocurre lo mismo con lo aéreo: todos los insectos que aparecen en esa parte comenzaron a nacer aquí abajo, y la prueba de eso está bien clara, porque no existe ninguna especie que no se alimente de los alimentos que están sobre esa superficie.

Los diferentes reinos que están sobre la tierra nos prueban aún la virtud del número ternario: el vegetal, el mineral y el animal son considerados cada uno en su especificidad como particularidades distintas de los otros. ¿Entre tanto, qué número prodigioso de seres de forma aparente no contiene cada uno particularidades en su especificidad? Lo que nos da aún una confirmación de lo que digo en esos discursos precedentes sobre la mezcla ternaria que compone todos los cuerpos, mercurio, azufre y sal; ellos están, en efecto, en todas las formas del universo como los tres reinos están en todos los cuerpos de la tierra. De la misma forma que esos tres reinos encierran una prodigiosa cantidad de seres de formas diferentes, que vienen a habitar en cada uno de esos tres reinos, igualmente la modificación prodigiosa de todas las formas universales se acomodan bajo la mezcla ternaria de mercurio, azufre y sal, que es el generador, el sustentáculo y

el alimento de todos los cuerpos. Así que si ellos cesan su unión, no hay más formas; lo que se puede ver por la reintegración del azufre, que se opera sobre el cuerpo de madera en una chimenea: luego que la esencia sulfurosa se reintegró, no existe allí más forma; mientras que si estuviera allí, el cuerpo no está destruido. Como en el carbón: existe allí una forma, pero en el momento que el carbón recibe una nueva acción fogosa que reintegra lo que le restaba de su parte sulfurosa, no caída más forma sino la ceniza; si colocamos nuevamente esta ceniza en un gran fuego, ella se reintegra también. Preguntaré ahora: ¿Qué da la forma a esa madera? ¿Qué son las leyes esenciales que la componen? ¿Y qué dio el número de su figura? Responderé que la forma está enteramente disipada, una vez que de ella no se tiene más ningún vestigio; que esas esencias están reintegradas en la parte elementar, pero que allí siempre caída el número, y he aquí como lo pruebo. El número es coeterno, así como hice ver en los discursos precedentes; las formas, por más que varíen, no poseen sino una pura apariencia, los espíritus que las formaron las produjeron y les comunicaron su número. No pueden pues perderlo; es absolutamente necesario que retorne a ellos, tal como ellos lo dieron. Los espíritus del eje recibieron desde su emanación el número ternario. Es preciso que lo que se opera por el número de sus hacedores, agentes o fabricantes, puesto que es por ese mismo número que obran sobre todos los cuerpos que salieron de su seno. Ellos allí operan por su número ternario: es preciso, pues, que ese mismo número de cualquier cuerpo retorne a su fuente primera, ya que el número no tiene seguramente ni figura ni forma alguna, aunque no podamos concebirlo como tal. Pero sentimos bien, por ejemplo, que un espíritu no tiene forma; y lo mismo ocurre con el número. Vemos, pues, por eso, que toda la materia no subsiste, no tiene forma y duración, sino por la operación continua de los espíritus del eje del fuego central que la producen, sino a través de los espíritus cristalinos que la modifican, y a través de los espíritus elementares que le dan su sustento por la parte de influencia que le comunican según la recibieron de la supraceleste Divinidad.

No es preciso creer que el número prodigioso de espíritus que mantienen todos los cuerpos de este vasto universo, tengan ellos mismos necesidad de recibir una materia real subsistente para mantenerlo. Realmente no. Esos espíritus tienen innata en su seno, desde su emanación, la facultad de extraer esencias espirituales y de mantenerlas, como un Padre alimenta a su Hijo, porque tiene con qué proveerle para comer: lo mismo acontece con los espíritus. Ellos tienen todo lo que puede mantener la producción, la vegetación y la reintegración de todos los cuerpos de este universo, sin que necesite de un vehículo de materia real existente, ya que a materia no tiene realidad sino por su apariencia, y que su apariencia no subsiste sino por la operación de esos mismos espíritus, que es puramente espiritual, distinta de esos espíritus puros e simples, en que los espíritus ternarios están dotados de toda especie de facultad, de movimiento y de correspondencia para la manutención de todos los cuerpos, mas ellos no tienen la inteligencia ni el pensamiento que son dados a los espíritus puros, tales como el hombre, etc. He aquí lo que significa la acción espiritual, y se puede calificar de movimiento, ya

que la acción propiamente dicha pertenece a seres superiores de los cuales hablamos y es puramente espiritual, lo que se puede concebir por la diferencia inmensa e incomparable del pensamiento como toda especie de movimiento de los cuerpos. Se puede dar muchas veces la vuelta al universo a través de él en un instante; mientras que para desplazar al más pequeño ser de la superficie a una distancia cualquiera es necesario un tiempo considerable, lo que no se refiere de modo alguno al pensamiento, que no tiene límite y que no está sujeto al tiempo.

Los cuerpos no son pues lo que los niños nos hacen ver sobre el vidrio donde colocan agua y jabón y con un canutillo forman un cuerpo aparente que tiene su llenura o su peso, su medida o su figura, y su número que es la operación de los agentes de las formas. Se sopla ese cuerpo aéreo a una altura encima de aquella donde se formó: la reacción que él opera cayendo le hace romper su unión, se reintegra en lo aéreo, sin que quede de él el menor vestigio a los ojos de aquellos que lo miran. Lo mismo ocurre en todas las formas: todo lo que tiene principio debe tener un fin. Ese cuerpo, cuya duración nació en un instante, es la imagen real de los cuerpos sólidos de la tierra, como los diamantes, las piedras, las rocas más duras. Su reintegración se dará por las mismas leyes que las de las pompas de jabón, cada uno siguiendo la modificación del que la compone. Tampoco podemos concebir más una materia real existente porque no podemos concebir el uso continuo de un hábito sin usarlo. Un hábito forma todos los días su reintegración y tiene necesidad de ser renovado; lo que nos hace ver la duración sucesiva de los diferentes cuerpos que no subsisten sino por la operación continua de los diferentes seres que los accionan, que podemos ver el fin continuo de esos mismos cuerpos en el final de este universo aparente. Apresurémonos a considerar el instante en que todos los seres no tendrán más límites sino aquellos que ellos mismos se dieron, por el uso de su libre albedrío que habrán conquistado aquí abajo. El Ser todopoderoso que preside todo y cuya bondad infinita se hace sentir en todos los seres, no contento con haber grabado con características inefables las santas leyes en nuestras almas y en nuestros corazones, quiso Él mismo dar el ejemplo de aquello que debíamos seguir para participar de la felicidad de sus elegidos. Sus tres santas manifestaciones de gloria comienzan con Adán, 1; son renovadas bajo la posteridad de Adán por el santo hombre Enoch, 2; continúan con Noé, 3, la reconciliación de la tierra; señalaron en fin su potencia bajo Abrahán, 4; después bajo Moisés, 5, en la liberación del pueblo elegido. La misma liberación se hizo ver bajo Zorobabel, 6, por el retorno del cautiverio de Babilonia, viniendo a formar el centro de sus operaciones espirituales Divinas; por la regeneración del menor, por el nacimiento de nuestro Divino Maestro Jesucristo, que vino a colocar el sello en los menores que se volvieron, se vuelven y se volverán dignos por la 7ª elección que hizo en el centro de su receptáculo, que debería ser el punto de reunión de todos los espíritus que unieron su voluntad a la suya, participando de las promesas del Eterno, del fruto de tantos elegidos, de la acción del Espíritu Santo, de la operación de tantas gracias, de la destrucción de la barrera que nos separaba de la comunicación Divina por el pecado de nuestro primer Padre, de la operación de los

apóstoles, de los profetas y de los patriarcas, de los dones inefables del Espíritu Santo, y más que todo eso, de la sangre preciosa de Jesucristo ofrecida al Eterno para nuestra santificación y aspergida sobre el ser espiritual Divino y sobre la forma aparente de cada uno de nosotros que deseamos seguir las santas leyes que Él nos trazó durante su vida.

Unámonos todos con un solo pensamiento, voluntad y acción para llegar al altar de sus compasiones en el santo tiempo de la semana santa, donde el universo entero celebra la muerte de nuestro Divino Salvador; muramos todos con Él al mundo, a su orgullo y a sus codicias, para resucitar con Él, con el hábito de la santificación, o con el hábito de una nueva vida toda espiritual Divina, enteramente dedicada a seguir en todo las santas leyes, preceptos y mandamientos del Eterno. Dios nos conceda la gracia.

¡Amén!

SEXTA INSTRUCCIÓN

DE LA EMANACIÓN DEL HOMBRE

Mis hermanos,

¿Es preciso describir el cuadro de la emanación del primer hombre para trazar el tema de nuestra gloria o de nuestras culpas: de nuestra gloria por el estado sublime en el cual él fue colocado en su primer principio, y de nuestras culpas por el estado de decadencia, errores y de tinieblas donde cayó por su prevaricación? ¿Pero cómo remontarnos a ese primer estado si no tenemos de él una justa idea? Es por tanto, nuestro deber porque todos nuestros trabajos tienen por fin readquirir los conocimientos que tuvimos la infelicidad de perder a causa de la prevaricación de nuestro primer Padre. El universo fue creado, todos los seres que lo compusieron ejercían las leyes de su emanación, como la Divina sabiduría les había prescrito; todos los cuerpos ocupaban sus lugares, cuando el Eterno emanó al hombre, al Adán, al hombre rojo: réaux, que significa ser elevado en gloria espiritual Divina. Él lo emanó en un cuerpo de gloria, incorruptible, que no estaba sujeto a ninguna influencia de la parte elementar; no tenía necesidad de ninguna especie de alimento para su forma, que era toda espiritual; el espíritu más puro del eje del fuego central no tenía más influencia sobre esa forma sino aquella que opera sobre la parte más grosera de la materia, ya que un cuerpo de gloria no es sino la forma aparente de un espíritu puro, que lo toma a voluntad y que lo abandona igualmente volviéndose un espíritu puro y simple. Esa forma era semejante a la que tenemos en el presente. El triángulo equilátero, primera imagen que apareció en la imaginación pensante del Eterno tenía esa misma forma; ella no era diferente de la que tenemos, sino en la naturaleza: una era gloriosa, espiritual y positiva, y la otra tenebrosa, material y pasiva.

El Eterno había creado todo para ese hombre, a quien da el nombre de Hombre-Dios de la tierra. Después de haberle hecho manifestar su inmensa potencia sobre todo este universo creado que le obedecía con respeto, le dio su ley, su precepto y su mandamiento, para poder operar en relación y contra los primeros espíritus perversos; le instruyó sobre la finalidad de su emanación, que debería ser de atacar, combatir y reducir a la mayor privación a los primeros espíritus perversos y trabajar para su reconciliación; debía, en fin, hacer en su favor lo que siempre hicieron, y que aún hacen, contra el hombre, seduciéndolo y aprisionándolo en las trampas del error y de la seducción impura que empleaban contra él para conducirlo hacia el mal. Adán debía dirigirlos hacia el bien por los diferentes trabajos que debía operar sobre ellos. Él había recibido del Eterno un verbo de la posteridad de Dios semejante a él, por el cual vería renacer haciendo descender en las formas gloriosas semejantes a la suya, un ser espiritual Divino que el Eterno habría enviado: Adán operaría por su verbo un cuerpo de gloria en el cual el Eterno habría hecho descender un espíritu. De este modo, la

operación de Adán habría sido realizada con el Eterno, y él se hubiera visto renacer en una posteridad de Dios, del cual toda la gloria hubiera logrado la admiración de los cielos y de la tierra. Podrían, tal vez, preguntarme cómo un verbo puede producir una forma. Respondería que el Eterno siendo un espíritu puro, sin espacio, sin límites y sin extensión, ya que es infinito, no puede emanar seres espirituales Divinos y formas aparentes sino por su pensamiento todopoderoso. Ahora, el espíritu que Él emana es ciertamente verbo, como se puede discurrir: el pensamiento engendra la voluntad, y la voluntad el verbo. De igual modo ocurre en la Divinidad como en el caso de los seres limitados: todo verbo en el Eterno es un espíritu, mientras que entre todos los seres emanados, todo verbo no es sino una acción de ese mismo espíritu. Ningún pensamiento en la Divinidad puede quedar sin acción. Ahora, todo ser que Ella emana fuera de la misma siendo dotado de su parte de las facultades necesarias para manifestar su voluntad, posee innato en él un verbo por el cual debe manifestarla. Ese verbo está tan íntimamente ligado a su ser que es considerado él mismo; lo que explicaré con mayores detalles antes de ir más adelante. El Verbo eterno de la Divinidad, residiendo eternamente en unión íntima con la Divinidad de Dios Padre, puesto que es su acción directa y es de esa forma la propia Divinidad, igualmente el Espíritu Santo, que es la acción eterna de uno y del otro, no debe ser confundido de modo alguno con ninguna especie de emanación, ya que son las esencias de la Divinidad. Mas todo ser espiritual Divino, siendo emanado de la Divinidad, es considerado como teniendo innato en sí el verbo de su emanación, como habiendo venido de la tríplice esencia de la Divinidad. Por su emanación del Padre Eterno, posee innato en sí el pensamiento; por la emanación del Hijo eterno, o el Verbo, tiene también su Verbo; y por el del Espíritu Santo tiene su acción. Ese verbo está tan íntimamente innato en sí que es él quien constituye la ley, el precepto y el mandamiento que debe seguir; contiene en sí el número que, siendo coeterno, hace la operación del pensamiento del Padre, de la voluntad del Hijo y de la acción del Espíritu. Es lo que quiere decir la Escritura cuando dice: "Los cielos y la tierra pasarán, mas Mis verbos no pasarán jamás"; porque toda la emanación es eterna: 1º -por el pensamiento; 2º -por el verbo; 3º -por el número; y, 4º -por la propia esencia que la compone, que, siendo espiritual Divina, encuentra innata en sí cuatro facultades eternas, ya que ella es una emanación de la cuádruple esencia de la Divinidad. Un verbo propiamente dicho es un espíritu, porque la Divinidad no manifiesta su pensamiento todopoderoso sino por los espíritus. Ahora, pensamiento necesariamente siempre, emanó, pues, también necesariamente sin cesar espíritus, a los cuales creó virtudes, poderes y propiedades, lo que le da el nombre de Eterno Creador. Adán había sido hecho depositario, en nombre del Eterno, de uno de sus verbos de creación de una forma gloriosa, en la cual el Eterno había hecho descender un espíritu Divino semejante a él, y él se había visto, de esa forma, renacer en una posteridad de Dios.

Adán habiendo manifestado, por orden y en la presencia del Eterno, la inmensa potencia de la cual estaba revestido, fue dejado solo por la Divinidad, para operar la fuerza, la virtud y la potencia de que estaba revestido. Adán conocía perfectamente la

finalidad de su emanación, y sabía que había venido para combatir sin cesar a los malos demonios, y para operar en su favor. Adán, dejado solo, comenzó a reflexionar sobre el inmenso poder de que estaba revestido, que creía ser igual al de la propia Divinidad y, en esa perplejidad, quería leer en la inmensidad Divina, cosa que le había sido prohibida por la Divinidad, que le había dicho expresamente de jamás leer sino con su participación o por su Orden. (Esa inmensidad Divina es incomprensible a todo ser emanado, puesto que es preciso ser el mismo Dios para comprenderla). Esas búsquedas irreflexivas lanzaron a Adán en una perplejidad, no consiguiendo definir lo que no le había sido permitido leer. El pensamiento que Adán había leído en la inmensidad Divina no tardó un instante en ser conocido por los primeros espíritus perversos.

Antes de ir más adelante, diré que Adán había sido emanado en el centro de las seis circunferencias espirituales Divinas, de las cuales era el centro, y que le hacían sentir que estaba hecho para regir a todo este universo. Él habitaba el centro del paraíso terrestre, que no es sino el centro de los cielos, ya que un cuerpo de gloria, siendo espiritual, no tiene necesidad de base sólida para sustentarlo. Los diferentes frutos que le son atribuidos alegóricamente en ese paraíso no son sino aquellos que el Eterno esperaba de ese primer hombre, si hubiese seguido el plan de su emanación. Ellos representan aún que Adán no era susceptible de ser alimentado por ninguno de los frutos inmundos de esa materia, sino que era alimentado sólo por frutos puramente espirituales Divinos de su naturaleza, porque ningún espíritu puro y simple, tal como era Adán, ni bebe, ni come para mantener su forma, puesto que la deja y la retoma cuando le place. El paraíso de la tierra, o terrestre, no es sino el centro de los cielos, que Adán debía habitar con toda su posteridad, si no hubiese prevaricado, y los primeros espíritus perversos hubiesen habitado entonces la parte inferior, o la tierra, donde ellos habían sido encerrados en las formas de materia aparente más o menos semejantes a aquellas que nosotros tenemos. No hay duda de que, si Adán hubiese permanecido fiel a la ley del Eterno, hubiera sido un mediador de reconciliación a favor de esos primeros espíritus perversos. La primera logia que surgió en el universo fue aquella del Creador, de su Hijo Divino bajo el nombre de Hely y Adán. Ellos la dirigieron para concluir la forma que darían a los primeros espíritus perversos. Adán debía, pues, estar consciente de que todo plano de esa ley que debería aplicar a esos prevaricadores dependía de la fuerza con la cual él los resistiría en su combate, una vez que el jefe de los demonios, habiendo concebido el pensamiento impío de atacar a la propia Divinidad, atacaría sin duda a los seres emanados que ella emanaría y era, ciertamente, para ese combate que Adán había sido dotado, por la Divinidad, de un poder inmenso para resistirlos y reprimirlos.

Adán, siendo un aspecto de la Divinidad, leía entonces el pensamiento del Eterno; leía también el del espíritu perverso, porque de espíritu a espíritu puro y simple nada hay oculto. Lo que no ocurre entre los hombres, que esconden sus pensamientos y que los enmascaran con palabras muchas veces opuestas: delante del espíritu, todo es sin velo, sin nubes y descubierto. He aquí por qué el lenguaje del espíritu bueno es incomprensible para los hombres de materia, porque por su unión impura con el espíritu

malo ellos recibieron sin cesar nuevos velos que les ocultan la verdad. Es ese velo de abominación que venda a todo hombre que se deja cubrir por él, hombre del error, de dudas, de oscuridad, y lo conduce definitivamente a la privación eterna persuadiéndolo de que sigue la ley del Eterno, del mismo modo que el demonio persuadió a Adán. Porque, si el espíritu malo mostrase al hombre todo el horror de sus pensamientos, no se hubiera dejado seducir, pero es por medio de un gran número de encantos que él era susceptible de seducción por la voluntad mala del ser espiritual que ataca, que seduce insensiblemente el sentido de su materia, y en seguida el ser Divino.

Suponed un hombre que contempla claramente un lugar de delicias, donde todas las bellezas reunidas causan un deslumbramiento a su alma; suponed que ese hombre haya recibido orden de tener siempre los ojos vueltos hacia ese lugar, y que, desde el instante en que se dejase seducir para mirar otros sitios, cesaría entonces de ver el lugar de delicias.

Alguien detrás de él lo llama, y le dice que vuelva la cabeza, que hay otro lugar más agradable que el primero. Este hombre es libre, contempla ese lugar y ve claramente que nada puede igualarlo. Con todo, por su libre voluntad, dejándose seducir, vuelve la cabeza: en lugar de ver un lugar de delicias, ve sólo objetos de horror. Desea volver su mirada hacia su primer objeto, pero fue colocado un muro de diez pies de espesor que le impide verlo. Pedidle ahora que os dé el plano de ese primer lugar: eso le será bien difícil; llegará incluso, por el distanciamiento en que está, a dudar de lo que le dirán aquellos que lo ven en ese momento.

Adán tenía su libre albedrío, de la misma manera que los primeros espíritus perversos: ya que él iba a operar sobre ellos una justicia, estaba dotado de la misma naturaleza, de la facultad por la cual los primeros espíritus perversos habían pecado para servirles de ejemplo, de INSTRUCCIÓN y de lección viva que hubiera operado sobre ellos una mudanza considerable. Restringiendo más y más la acción malvada de esos primeros espíritus y sirviéndoles de inteligencia buena, los hubiera conducido gradualmente a un cambio de acción, o a una regeneración, ya que todo espíritu que muda de ley, muda necesariamente de acción.

Porque, si el jefe de los espíritus perversos hubiese cambiado, adaptándose a la ley del Eterno, no se trataría más con el mal en toda la extensión de este universo, puesto que es árbol de la vida y del mal; no que sea el mismo mal: ya que, por su emanación, posee innata en sí la ley del Eterno, él no puede sino engendrar el mal, y no crearlo de alguna especie de materia. Toda la creación pertenece necesariamente a Dios, Eterno Creador. Los espíritus perversos no pueden engendrar más que acciones opuestas al bien; lo que se hace siempre en ellos, con una disminución considerable de su acción, ya que el soberano bien existe necesariamente en la Divinidad y la posibilidad del mal no habiendo jamás sido, es absolutamente necesario que todo ser particular que quiera atacar al ser necesario se vuelva el más débil de todos los seres.

Actuando según los principios opuestos a aquellos que están innatos en sí, siente en el mismo instante de sus victorias, los combates en el interior de sí mismo, que lo

humillan más de lo que sus victorias pueden enorgullecerlo. Esos combates provienen de la convicción perfecta de que él no puede destruir por sí mismo, que todo lo que hace es opuesto a su propia naturaleza de ser espiritual Divino, y por la falta de satisfacción en que se encuentra, que no es sino la división de aquellos que siguen las leyes del ser necesario; lo que se puede considerar por la vida de los hombres de aquí abajo, que no operan el mal sino con esfuerzo y trabajo, y no encuentran sino un vacío horrible luego del éxito en los malos empeños, por los cuales se prometen las mayores satisfacciones. Ese estado infeliz del hombre condujo a muchos de ellos al desespero, en el mismo instante que sus semejantes, guiados por el mismo error los juzgaban en el auge de la felicidad. Nada puede destruir, repito, la naturaleza de las leyes que el Eterno estableció. Todo ser que de ellas se aparta es el más infeliz de los seres, porque la naturaleza entera conspira contra él, estando todo basado en el bien.

Él se vuelve, entonces, el doble receptáculo del mal y del bien: del mal que opera con esfuerzo, y del bien que hace su suplicio, ya que no puede jamás destruirlo, porque es innato en él. Se puede constatar, por todo lo que acabo de decir, que el origen del mal no debe ser considerado como la misma obra de algún espíritu que sea el mismo mal; no significa propiamente que la voluntad, opuesta a la del ser necesario engendre el mal. Es ese engendramiento del mal lo que hace ver la poca solidez de todas las búsquedas de los hombres sobre los objetos opuestos a su naturaleza, una vez que ellas no tienden sino a volverlos los seres más infelices de la naturaleza, uniéndolos a los profesores del mal, lo que se ve todos los días ante nuestros ojos por la infeliz conducta de los hombres, que, se dejan conducir por lo que llamamos vulgarmente como pasiones y que denominamos el mal intelecto, buscan, mientras tanto, en esas tinieblas l luz, y no la encuentran jamás, semejante a esos navíos que, en la guerra, se creen estar, por la falta de su estima, en pleno mar y que, viendo algunas luces, las toman por navíos, y, navegando hacia ellos a toda vela, no creen jamás llegar a tiempo, no encuentran sino rocas abruptas, sobre las que se quiebran, y encuentran la muerte en aquello que creían deber hacer su felicidad en esta vida. Esta imagen es la de todo hombre que se deja seducir por nuestro enemigo común, cuyo trabajo consiste en hacer parecer a los hombres sus leyes de abominación tan claras como las leyes espirituales Divinas. Mas el hombre tiene poderosas armas para oponerle. Las más poderosas son las de la oración: es a través de ella que el hombre se une más específicamente a la acción infinita del Espíritu Santo, que le comunica una fuerza superior a todas aquellas de sus enemigos. Después de la oración, coloco la regularidad de la conducta, porque es bastante difícil poder aproximarse al fuego sin quemarse. La tercera son las buenas obras, que están propiamente en aquel que las hace, ya que ellas le proporcionan un fruto inalterable de gracias del Eterno; que lo conducen al fin, incluso desde esta vida, al abrigo de todos los ataques de sus enemigos. Lo que ruego al Eterno concedernos a todos. A Él sea la gloria, honra y loores por todo ser emanado y creado, por los siglos de los siglos.

¡Amén!

SÉPTIMA INSTRUCCIÓN
DE LA PREVARICACIÓN

Mis hermanos,

Luego de haberos trazado el estado glorioso de nuestro primer Padre, vamos a examinar aquel en que cayó por su prevaricación. Él había sido emanado para manifestar la mayor gloria del Eterno, y deseó manifestar su potencia para su satisfacción particular, dejándose seducir por su enemigo, que le comunicó un plano totalmente opuesto al de las leyes del Eterno. Adán se revistió de la potencia demoníaca para atacar al Eterno y cometió su crimen en presencia de los espíritus perversos y para su menoscabo, porque, como ya había dicho, él había sido emanado para operar en favor de esos primeros espíritus un culto de reconciliación. Adán, precipitado por la justicia del Eterno del centro de las regiones celestes, fue obligado a revestirse en los abismos de la tierra de una forma semejante a aquella que tenemos: se volvió sombrío y tenebroso por su crimen y por la desnudez, en que se encontraba con la compañera y el objeto de su desgracia, por el despojamiento que Dios le hizo de su cuerpo de gloria, como la Escritura, hablando emblemáticamente, dice que Dios los vistió. Ahora, la vestimenta que Él les dio no fue otra que la forma aparente que cubrió nuestro ser espiritual Divino, nuestra alma. Dios los expulsó del paraíso terrestre, o del cielo, para arrastrarse sobre la tierra, como el resto de los animales y los sujetó al tiempo. Fue esa sujeción la que hizo a Adán sentir todo el horror de su crimen, ya que, en su primera etapa de gloria, siendo ser pensante en la Divinidad, no conocía ningún obstáculo para comunicarse con ella; al paso que, en su cuerpo segundo, de materia, se encuentra sujeto a los ataques del intelecto que vienen incesantemente a atacar su forma aparente, para atacar inmediatamente después, desde que allí dominó, al ser espiritual que ella encierra. Ahora, mientras el alma realiza ese combate, no está pensante, sino pensativa. Lo que de modo alguno ocurría con Adán, que, habiendo recibido de la Divinidad un cuerpo de gloria incorruptible recibía comunicación del pensamiento del Eterno por medio de un ser superior que Dios le enviaba bajo una forma aparente y que le comunicaba sin ningún velo su voluntad; mientras que habiéndose tornado pensativo por el trabajo que fue obligado a hacer sin cesar contra el mal intelecto, no puede más ser pensante sino con el tiempo, por la unión íntima con el espíritu.

Ahora, esa unión no es sino la recompensa de la fuerza con la cual él rechaza el intelecto malo, lo que satisface la justicia del Eterno tocante al crimen de nuestro primer Padre, puesto que el ser de la tierra que gozará la mayor unión con el espíritu debe necesariamente ser aquel que sintió la mayor privación, pues durante el tiempo que trabó combate contra los malos, su alma estaba en el compartimiento de la privación y del temor, que es lo que llamamos padecimiento del espíritu: de la privación por el alejamiento del espíritu bueno y la proximidad del mal, y de miedo por el terror de llegar al estado en que está el hombre -presa de su enemigo. Ahora, es la fidelidad del menor en esta batalla espiritual la que hace a los apóstoles y a los profetas, y es ella todavía la que hace a los sabios. El ser pensante está directamente en la Divinidad, al paso que el ser pensativo no puede allí leer jamás mientras está pensativo, ya que ésta es su privación. El hombre es, pues, ahora pensativo y pensante; pensativo por la sujeción en

que está de hacer un combate de expiación; y pensante por la recompensa que Dios concede a sus victorias uniéndolo íntimamente al espíritu por el cual lee, entonces, en la Divinidad. Si cada uno de nosotros desea observar lo que pasa todos los días sobre él, sentirá la certeza de lo que acabo de decir.

Esa caída de Adán, tal como está calificada en las Escrituras, donde está escrito que Dios le había dicho comer todo fruto del paraíso terrestre con excepción del fruto del árbol de la vida, de la ciencia del bien y del mal. El árbol de la vida no es sino el jefe demoníaco, que es el árbol de la vida del mal por una eternidad. Fue, en efecto, por haber comido de su fruto, o por haber retenido la impresión de su mal pensamiento, porque, como ya dije antes, Adán era un espíritu puro que no bebía ni comía ningún alimento elemental, mas era alimentado de un nutriente todo espiritual Divino de su naturaleza. El fruto prohibido no era otra cosa sino el pensamiento demoníaco que Adán recibió y que le acarreó la muerte, colocándolo en la privación de la comunicación espiritual Divina, y por la cual ataca, con sus partidarios, a la Divinidad.

Es ese crimen horrible que le hizo sentir su desnudez, ya que después de haber comido (el fruto prohibido) fue despojado de su cuerpo de gloria y fue expulsado del cielo, o del paraíso terrestre, y vino a arrastrarse sobre la tierra como el resto de los animales. Adán sintió una perturbación inconcebible en su forma de materia. El espíritu bueno compañero le presenta sin cesar el horror de su crimen, ofreciéndole sin cesar aquella imagen. Adán concibió el arrepentimiento puro más amargo y comenzó su penitencia que duró cuarenta días, en los cuales no cesó de sufrir con su compañera por su crimen. Ese primer culto de expiación fue inspirado en Adán por nuestro Divino Maestro Jesucristo bajo el nombre de Hely; que ofreció Él mismo a Dios su Padre, un culto para que el hombre, o el menor, no fuese colocado por la justicia del Eterno en la privación Eterna. Sin ese culto del hombre Divino, Adán no hubiera podido hacer penitencia de su crimen y hubiera vuelto el menor de los menores demoníacos, porque la penitencia, o el dolor del pecado, no puede venir jamás directamente de aquel que lo cometió, puesto que él está, entonces, en la condición de muerto; ella le es siempre comunicada por el Espíritu Santo. Ahora, es su unión con el Espíritu Santo lo que hace su mérito, y es por Él que adquiere todas las luces sobre los medios más eficaces para obtener la remisión de sus faltas. Ahora, es preciso siempre un mediador entre Dios y el pecador, ya que Dios, siendo inmutable y habiendo condenado a todos los pecadores a la muerte eterna, es necesariamente indispensable que se encuentre un justo que tome para sí el peso de la muerte a la cual todos los pecadores son condenados. De donde se puede ver la necesidad de la operación de justicia, de misericordia y de reconciliación que Jesucristo, nuestro Divino Maestro, vino a obrar en medio de los tiempos a favor de Adán y de su posteridad que se volvía susceptible como él, una vez que Adán, por su prevaricación, encontrándose muerto en privación eterna no podría jamás haber podido retornar a la vida si Jesucristo no hubiese quitado de encima de ese ser infeliz el peso de la justicia del Eterno sobre la cual él estaba, ofreciéndose a sí mismo a Dios, su Padre, cubierto de todo el peso del crimen de Adán y de su posteridad. Sin esta justicia

de Jesucristo, Adán no hubiera jamás podido obtener el perdón de su crimen y no hubiera jamás podido obtener su reconciliación, ya que no tendría condiciones de disfrutar la comunicación del Espíritu Santo. Era preciso necesariamente, para que Adán comenzase un culto de expiación, que su Divino mediador, y de su posteridad fuese desde ese momento ofrecido como víctima de expiación de ese mismo crimen.

Esa justicia del hombre Divino en favor de Adán nos debe hacer entender cuál era el culto que Dios esperaba de su primer hombre a favor de los primeros espíritus prevaricadores, ya que Cristo dice viendo el mundo: "Yo soy el verdadero Adán." La forma de nuestro primer Padre, después de su trasgresión, no se alteró; era semejante a la forma gloriosa que tenía en cuanto a la imagen, correspondiente al triángulo equilátero que Dios había concebido para ser la imagen del jefe de este universo. El culto que Jesucristo ofreció a favor de Adán lo hizo susceptible de operar, incluso en el centro de su forma de materia aparente, un culto espiritual temporal que lo condujese a su reconciliación perfecta, y que él transmitió a su posteridad con ese mismo fin. Adán habiendo mudado de forma, ya que estaba en su principio revestido de una forma gloriosa, totalmente espiritual y que descendió bajo una forma tenebrosa de materia pasiva; más la imagen es exactamente la misma, ella contenía en sus extremidades el triángulo equilátero.

El cuerpo del hombre se dividió en tres partes: la primera es la cabeza, la segunda es el pecho, y la tercera son los huesos. Esas tres partes están unidas por ligamentos cartilagosos que se pueden desunir sin romper los huesos. Vemos aún aquí el número ternario: los huesos, la sangre y la carne, que, con las tres divisiones, nos hacen sin embargo ver el número senario, o los seis pensamientos que el Eterno empleó para la creación de este universo. Se encuentra todavía el número senario en las tres esencias que componen el cuerpo del hombre, y los tres ángulos del triángulo equilátero, que son seis; adicionando a esos dos números, tenemos el número 12, o 3, que nos hacen ver que el cuerpo del hombre es la operación de los espíritus del eje del fuego central, que portan el número ternario y cuyo trabajo debe contener el número.

Podrían, tal vez, preguntarme si las leyes que Adán tenía en su cuerpo de gloria son las mismas que tiene en su cuerpo de materia aparente. Responderé que un ser que muda de acción, muda necesariamente de leyes. En su primer principio, Adán tenía una acción toda espiritual Divina, puesto que no estaba asociado a ninguna especie de acción temporal. Consecuentemente, su ley era puramente espiritual, al paso que, en su cuerpo de materia, su acción habiendo sido extremadamente limitada y estando sujeta a lo temporal, su ley fue transformada de espiritual pura y simple en espiritual temporal, lo que lo volvió un ser de privación, ya que los cuerpos, cualesquiera, son siempre un caos, o tinieblas al espíritu, lo que prueba demostrativamente que la forma de materia de la cual Adán se revistió por el decreto del Eterno fue hecha para servirle de prisión, y para hacerle sentir todo el tiempo de su morada en aquella forma, el castigo de su crimen. Es por medio de las diferentes divisiones que sufrió en esa forma de materia pasiva que satisfizo en parte la justicia del Eterno. Aquí se puede ver la necesidad absoluta en que

se encuentra el menor aquí abajo para soportar el castigo del alma, del cuerpo y del espíritu, y para expiar la falta de nuestro primer Padre.

Entraremos, a continuación, más concretamente en el detalle de la prevaricación de Adán. Hablaré ahora del agente físico que se utiliza para la purificación del pecado. Daré por ejemplo una barra de hierro que se saca de una matriz, o de una mina. ¿No es verdad que está repleta de partes groseras y de suciedad, que le impiden servir para algún uso? ¿Que se trabaja en ella para poder devolverla a un estado de pureza susceptible de conservar las diferentes formas que se le desea dar? Se emplea el fuego más violento de un carbón de piedra, cuya llama espesa y sucia atrae hacia ella todas las partes que son de su naturaleza, mientras que otro carbón de madera, más leve esparce una llama pura, que, por su acción superior a la del fuego contenido en el carbón terrestre, separa todas las partes sucias que el otro atrae, puesto que son de su naturaleza. La llama del carbón de madera teniendo un movimiento muy activo, a medida que separa las partes sucias, se comunica con los vehículos innatos en el fuego, y le da un movimiento considerable, hasta el punto de darle su propio calor fogoso. Ahora, puesto que existe ese calor, hay una prueba cierta de que está en comunicación directa con su superior fogoso. Entonces, se detiene esa gran acción fogosa por medio del agua, que lleva entonces al fuego a su pureza natural y adecuada para ser empleado según los usos de su ley. Veréis en ese cuerpo bruto lo que pasa en el cuerpo del hombre más favorecido por los dones de la naturaleza, como era Adán en el momento en que descendió a su cuerpo de materia, que era el cuerpo de pecado por la maldición que había lanzado sobre él y sobre toda la tierra. El cuerpo de Adán siendo terrestre estaba, pues, repleto de partes sucias, groseras y de manchas que su enemigo allí había hecho. ¿Qué empleó Dios para la purificación de su hombre arrepentido, penitente y suplicante? Empleó los fuego de los cuales ya hablé en la comparación que hice: uno bueno, procedente de la acción todopoderosa del Espíritu Santo, cuya santidad, pureza y acción operan con su eficacia sobre la forma de ese primer hombre, separó gradualmente las manchas inmundas extrañas que el espíritu de tinieblas allí había colocado, mientras que ese espíritu malo que lo golpeaba sin cesar, atraía hacia él lo que era de su naturaleza. ¿Cuáles eran los vehículos de su naturaleza? La fe, la esperanza y la caridad, innatas por orden del Eterno en Adán. Es sobre esas facultades del hombre que el Espíritu Santo soplabla sin cesar para separarlas de la inmundicia del crimen de Adán, mientras que el mal espíritu contraatacaba de su lado para hacerlo perseverar en su falta. Ahora, vimos que todo el mérito de Adán fue el de estar unido al Espíritu Santo por la fe. Es por ella que separó, por el fuego del Espíritu Santo, todas las inmundicias que estaban en su alma y en su forma, y que alcanzó su reconciliación, presentando al Eterno su alma y su forma en su estado de blancura, de pureza e inocencia, tal como su naturaleza espiritual Divina lo exigía. No cesemos, pues, Mis hermanos, de trabajar sobre nosotros para que seamos perseverantes en la fe, puesto que es el único medio de obtener la remisión de nuestras faltas. Se ve bien que los mayores actos de la humanidad no son nada sin ella (la fe), puesto que no son sino esos actos lo que nos unen al espíritu. Es por la fe única

en Jesucristo que somos salvos; es por ella solamente que cerramos las fauces del león; es por ella que tenemos la inteligencia, la esperanza y la caridad, que es el centro de todas las virtudes: sin ella nada tenemos.

¡Amén!

OCTAVA INSTRUCCIÓN

DEL CUERPO DEL HOMBRE Y DE SU PENSAMIENTO

Mis hermanos,

Así que Adán fue perdonado de su crimen, por la pura misericordia del Eterno, por la bendición que le dio, así como a su compañera, Dios le dijo: "Adán, realiza tu obra y opera con ella una posteridad de formas particulares, en las cuales enviaré un ser

espiritual semejante al tuyo." Adán operó, entonces, en conformidad con Eva, la forma de su Hijo Caín, con un desvelo excesivo de los sentidos de su materia; lo que volvió esa posteridad susceptible de todos los flagelos de la justicia eterna. Ese nombre que Adán dio a su primer Hijo, Caín, que significa "Hijo de mi dolor" profetizaba el gran dolor que ese Hijo le haría experimentar después por su gran trasgresión. La orden que Dios dio a Adán, al separarse de él, nos hace ver que Dios lo había hecho depositario de su simiente reproductiva, de la cual él no podría abusar sin crimen, como haré ver. Dividimos el cuerpo del hombre en tres partes, a saber: en sólido, dado al mercurio, o a los huesos; en sangre, dado al azufre; y, en sal, dada a la carne. El ser espiritual Divino encerrado en ese cuerpo preside no solamente los movimientos de esa forma, sino también la preservación de las esencias que lo componen en su pureza. La sangre está compuesta de seis glóbulos linfáticos blancos, que son de la misma naturaleza que la simiente reproductiva, con la diferencia de que ellos están mucho más sueltos que los de la médula de los huesos y del semen; donde vemos reaparecer aún el número ternario: la medula, la simiente y la linfa. Los seis glóbulos conservan su color blanco, hasta que hayan formado su unión circular con aquel del centro que, conteniendo en él un vehículo del eje del fuego central contiene el envoltorio del azufre, comunica, desde el instante de su unión con los seis glóbulos blancos linfáticos, el color rojizo de la sangre. Ese color es, él mismo, un compuesto de tres colores: el blanco dado a la linfa, el amarillo dado al azufre, que sirve de envoltura al vehículo, y el vehículo del eje del fuego central, el fuego increado, que es del más bello púrpura. Observad, os ruego, mis hermanos la perfección de ese glóbulo por su número; como el círculo, no tiene valor sino por su centro, que, como sabéis, se divide en seis rayos. Ahora, del mismo modo, esa división no se puede hacer sino por el centro, que es el generador, el sustentáculo y la vida del círculo, así como el glóbulo del centro comunica su color, el movimiento y la vida a los otros seis, de los cuales estarían privados sin su unión. Sabemos que Dios no empleó sino seis pensamientos para la creación de este universo, y que consagró el séptimo. ¿Qué hubiera ocurrido con todo el universo sin la bendición del Eterno? Hubiera permanecido sin vida. Igualmente, los seis glóbulos linfáticos están desprovistos de vida, privados de la unión con su septenario que les comunica el calor, el movimiento y la vida.

Vamos más lejos. Este universo, concebido por el pensamiento del Padre, la voluntad del Hijo y la acción del Espíritu Santo, unamos ese número inefable 3 con los siete pensamientos que Dios empleó para la creación de este universo: tendremos el número 10, dado a la Divinidad. Del mismo modo, unid el número septenario de los glóbulos que componen un glóbulo sanguíneo con los tres principios, o colores, el blanco dado a la linfa, el sangre al azufre, formando el envoltorio del vehículo, y el vehículo púrpura. Adicionad esos tres números, 3 con el número septenario: tendréis el número denario, 10, dado a la Divinidad. Esas pruebas, que todo hombre que tenga ojos puede verificar por sí mismo y que hemos mil veces observado, te deben convencer, ¡oh hombre!, que el Eterno colocó su imagen en las menores, como en las mayores partes

de la forma, para que todo hombre tuviese sin cesar, delante de sus propios ojos, de su forma, la prueba convincente de la existencia de un Dios vengador y remunerador. No hay ningún ser bajo el cielo que pueda dudar de la existencia de esa gran Divinidad. El mismo demonio está convencido de eso, y no tiene el poder de poner en duda ese hecho a cualquier ser que sea. Todo ser espiritual, sea bueno, sea malo, posee el pensamiento, que la propia Divinidad no le puede suprimir. El pensamiento es, ciertamente, sin extensión; él se desenvuelve y aumenta cuanto quiere; recorre todas las bellezas de la creación, engendra seres de toda especie y los hace existir, los hace actuar. Ahora, las facultades del pensamiento no son otra cosa que la semejanza inefable de la fuente Divina de donde emanan. El Eterno, siendo pensante, y existiendo necesariamente por sí mismo, transmitió a todos sus Hijos su semejanza, pues vemos que el pensamiento de cada ser puede engendrar: así como Dios creó a los seres. La Divinidad les da la existencia dándoles leyes, y el pensamiento les da la existencia por medio de las dimensiones que les proporciona; la Divinidad los hace actuar, el pensamiento del mismo modo hace actuar a los seres que generó. La semejanza del pensamiento del hombre con la Divinidad es perfecta. La diferencia que existe es que Dios, siendo todopoderoso, no puede tener ningún pensamiento que no tenga su realización; al paso que el hombre, siendo un ser limitado, no puede realizar sino un pequeño número de sus pensamientos. Pero en cuanto tenga el pensamiento, como cualquier otro ser, tendrá siempre dentro de sí una prueba convincente de la existencia de un Dios. El ser más perverso de la tierra puede, por la insinuación del malvado demonio, decir que ningún modo existe Dios, mas, en el mismo instante que lo dice, pasa por el un pensamiento que le prueba la existencia necesaria de ese ser Divino, que imprimió en él mismo, en su alma, caracteres indelebles. Todo mal pensamiento del hombre puede, pues, reducirse a decirlo, pero no hay nadie en este universo que pueda llegar a creerlo, porque sería necesario para ello que pudiese destruir su pensamiento; cosa imposible a todo ser emanado, ya que, destruir el pensamiento, es destruir el mismo ser espiritual; ahora, ningún ser eterno por su naturaleza puede destruirse. Puede volverse bueno o malo, pero no destruirá jamás su pensamiento, o su facultad pensante. Es sobre ese pensamiento que el Eterno opera y operará sin cesar. Si el pensamiento es bueno, allí manifestará su gloria y, si es malo, allí manifestará su justicia, porque todo lo que se aleja de Dios está no sufriendo infinito de la privación. Dios siendo la misma luz, ningún ser cualquiera puede participar de la luz sino en la medida en que se unió a Él. Todo ser se vuelve tenebroso en el momento en que se aleja de esa luz; porque esa luz es necesaria para la felicidad, la vida y la protección de todo ser, las tinieblas no hacen sino la infelicidad, la muerte y la destrucción de las facultades de todo ser que tuvo la infelicidad de separarse de ella. Todo ser tiene en sí un fuego Divino, desde su emanación susceptible de establecer comunicación con esa luz eterna. Ese fuego es la fe, que no es otra cosa sino la unión perseverante del pensamiento del ser particular con el Ser todopoderoso. Es la resistencia de ese pensamiento bueno al choque continuo del mal pensamiento que forma lo que llamamos fe. Es por medio de ese fuego Divino que nos unimos a la luz

eterna, del cual resulta necesariamente la vida de nuestra alma y de nuestro cuerpo. Separarse de ese fuego es caer en las tinieblas que no son sino la desgracia de aquel que allí se despeñó, porque esas tinieblas no contienen en su esencia ningún principio de felicidad, de satisfacción, ni de realidad física. Ellas no son todas sino ilusión, sino error y mentira, y no producen más que la infelicidad eterna de aquel que se dejó seducir, porque el verdadero bien es Dios. Ahora, toda felicidad existe necesariamente en la Divinidad, no puede haber allí (en las tinieblas) sino infelicidad eterna en todo lo que de la Divinidad se separó. Como el día más bello es el más claro, igualmente la noche más oscura es aquella que tiene la mayor privación. Si el hombre presta atención, viendo con sus ojos, observa durante el día los objetos de la naturaleza de las formas, para la utilidad, la precisión y la necesidad de manutención de su forma. Supongamos ahora que este hombre se extirpe los ojos; ¿cómo podría distinguir los objetos de la naturaleza en el más bello día? Estará ciego, tropezará, caerá, morirá de hambre y sed sino tiene a nadie cerca de él. Es el mismo caso de un hombre que hace un mal uso de las facultades de su alma. Ella tiene ojos más clarividentes que los del cuerpo, que la conducen en la senda de la luz. Su mala voluntad, el mal uso de su libre albedrío, es lo que le arranca los ojos del alma y la hace correr a ciegas detrás de los objetos falsos de ilusión y de mentira, y la precipita definitivamente en la muerte eterna, que no es sino la separación total de la luz. Cualquier hombre bajo el cielo, por más estúpido, tenebroso o mentiroso que sea, no puede dudar de esas verdades sin dar una nueva prueba de lo que anticipo. Es que él se separó por sus crímenes de la luz. Todo lo que allí contiene será igualmente convencido que Dios, siendo la unidad existente necesariamente por sí misma, contiene en sí la plenitud de todos los seres; que cada uno de esos seres tiene sus leyes que tienen una relación con el ser necesario, porque fuera de Él nada existe, y, por otro lado, la nada es también imposible, como la no existencia del ser. Todo el ser teniendo, pues, necesariamente su relación absoluta con la Divinidad, aquel que está más unido a Ella es el más venturoso. La felicidad existe necesariamente en la Divinidad, el ser más desgraciado es aquel que está más alejado de la Divinidad; no que el ser pueda algún día separarse de Ella, estando siempre sujeto por la ley de su emanación del Ser necesario, que le sirve de freno, de sujeción y de barrera intraspasable a todas sus operaciones nocivas, ya que está siempre bajo la cadena de la justicia del Eterno si fue malo, y bajo la ley de la libertad si fue justo.

Esa libertad consiste en el aumento de sus facultades por haber hecho el bien. Puesto que su crecimiento es infinito, puede, pues, desenvolver toda la libertad de su pensamiento en un campo tan inmenso como las obras del Eterno, sin recelo de ser detenido, porque son infinitas, al paso que el mal se fija en la privación, o en el padecimiento eterno, porque si quiere trabajar sobre cualquier cosa, es preciso que trabaje sobre la nada. No puede, pues, atacar sino las obras del Eterno que son infinitas. Su padecimiento debe, entonces, ser infinito, porque no podrá jamás destruirlas ni destruirse a sí mismo. Que Dios esté con vuestro pensamiento y el nuestro, para siempre.

¡Amén!

NOVENA INSTRUCCIÓN

DE LA REINTEGRACIÓN DE LAS FORMAS

Mis hermanos,

Todo lo que comenzó tuvo un principio, y todo lo que fue creado debe terminar. Es un axioma incommovible, generalmente acepto, tanto por los hombres espirituales Divinos, atemporales, como por los hombres materiales temporales. Mas, como la indagación es bien diferente, voy a hablaros de la reintegración de las formas, con el auxilio del Eterno. Ya vimos como el número ternario, 3, es el del cuerpo, por sus tres esencias espirituales; el senario, 6, es el de su división, representando los seis

pensamientos que el Creador empleó para la creación universal general y particular. El número novenario, 9, es el de la reintegración. En el principio de la producción de un cuerpo, como en la formación de una criatura en el cuerpo de su madre, esa simiente reproductiva nos representa en su primer principio la materia en su indiferencia, las tres esencias no tienen todavía ninguna distinción, y estando en relación unas con las otras, sin forma; pero, tan pronto ellas están en la matriz, reciben un movimiento que parte del grado de fuego que allí se encuentra, y que es producido por la acción de los espíritus del eje del fuego central y de los espíritus elementares que, accionando sobre el vehículo de la mujer, comienzan a trabajar, modificar y diferenciar las esencias. En el momento en que son diferenciadas, el embrión toma forma; lo que ocurre al final de los 40 días, por un número de experiencias reiteradas, para repetir siempre a toda la posteridad de Adán el pecado de su primer Padre, cometido en la cuarta hora del día, para repetirle su penitencia de 40 días, su reconciliación luego de cuarenta años, lo que fue repetido por Noé, Abrahán, Moisés y definitivamente por nuestro Divino Maestro Jesucristo cuando ayunó 40 días sobre la montaña del Tabor. En el cuadragésimo día, el espíritu menor desciende en el cuerpo, el envoltorio, o en la prisión, que acaba de serle hecha, y comienza, desde este instante, a experimentar un sufrimiento, porque la mayor pena que un espíritu pueda sentir es la de estar limitado en su acción. Consideremos un momento la posición de ese ser. Tiene los dos puños apoyados sobre los ojos; envuelto en el amnión (la más interna de las membranas que envuelven al feto), nada en un fluido de corrupción, privado del uso de todos sus sentidos espirituales, Divinos y corporales; recibe el alimento por los abismos de su forma, sometido a tan grande privación que no se agarra a la vida sino por aquella de un ser casi tan débil como él; que participa de todas sus penas, sus sufrimientos y sus males. ¡Oh! ¡Crimen de nuestro primer Padre! He aquí el justo castigo que tú mereces. La justicia del Eterno sometió toda la posteridad de Adán a pasar por las mismas vías. Consideremos aquí, Mis hermanos, que el ser espiritual Divino que está en el cuerpo de la mujer está encerrado bajo tres velos espesos: el primero, su propia forma; el segundo, el de su madre; y el tercero, el del universo. En el momento que sale del cuerpo de su madre, no está preso sino en dos velos: el de su forma y el del universo; y, en el instante que hace su feliz reintegración, no le queda sino el del círculo universal. He aquí un bello ternario: el menor, en el cuerpo de su madre, 1; el menor en este universo, 2; y el menor reintegrado, 3; lo que prueba aún la hechura de este universo, o los seis pensamientos, por medio de la adición de estos tres números que dan 6. En su primer principio, Adán, revestido de su forma gloriosa, dominaba por encima de todo este universo, sin estar subyugado. Por su crimen, lanzó a toda su posteridad abajo de la escala que ella quedó obligada a ascender.

El número novenario, 9, es el de la reintegración y de la destrucción, porque subdivide las tres esencias que, en su principio, no contenían sino un número ternario por su unión: mercurio, azufre y sal, 3. Mas como en la parte mercurial existe una mixtura, porque todo lo que tiene forma es mixto, en la parte mercurial se encuentra azufre y sal, 3; en la parte sulfurosa se encuentra sal y mercurio, 3; y en la parte de la

sal se encuentra azufre y mercurio, 3/9. Lo que los hace denominar mercurio, azufre y sal, es que esas tres partes dominan en cada una de esas mixturas; pero, en el instante en que el hombre alcanza, grado por grado, su formación perfecta, él organiza y perfecciona lo que se puede denominar vegetación; comienza su reintegración, inexorable, antes de todo como había sido su formación, hasta el momento en que, al fin, comienza su reintegración completa por la disolución o la división de las esencias. En el primer principio, el germen conteniendo las tres esencias da inicio a la producción de la forma. En el momento en que el hombre nace, los elementos de las tres esencias, 3, le dan la vida, y todo el tiempo de su duración aquí abajo. Pero, en cuanto las tres esencias cesan su producción y la vegetación, ellas comienzan su reintegración, 3, subdividiéndose, esto significa que su unión en el primer principio determinó su producción, su división por la parte elemental originó su vegetación, su subdivisión produjo su reintegración, porque ningún cuerpo de los tres reinos, vegetal, mineral y animal, puede subsistir sin estar, todo el tiempo que tiene forma, en uno de esos tres estados de producción, vegetación y reintegración. Entraré ahora en la demostración de la reintegración. En el momento en que el vehículo eje del fuego central, que formaba la vida de la forma, residiendo en la sangre y teniendo su fuente en el corazón (de lo cual se dará la demostración anatómica a continuación), hace su reintegración, desde entonces, la forma comienza su reintegración por lo que sigue: La forma del hombre contiene el germen de una turba de animales reptiles o de insectos que comienzan su crecimiento por el trabajo de reintegración, que se hace por la humedad grosera del cadáver que, por su movimiento, traba combate en los ovarios de los animales rastreadores que existen en el cadáver. Los espíritus elementales, agentes de las formas conjuntamente con el fuego terrestre, o del cuerpo general, batiendo sus fuegos espirituales, entorchocan los ovarios de esos reptiles, y, por su reacción, descubren el envoltorio ovario que los mantenía encerrados. Esos insectos poseyendo existencia en cada una de las tres esencias, mercurio, 1, azufre, 1, y sal, 1/3, y conteniendo en sí mismos esas tres esencias aquellos que vivieron en la parte del mercurio, 3, aquellos que vivieron en la parte de la sangre, 3, aquellos que vivieron en la parte de la sal, 3. La reintegración de esos insectos da la cesación de toda la especie de apariencia de la forma del cadáver, lo que forma la reintegración perfecta de la forma humana. Es poca la diferencia de tiempo del crecimiento, de la producción y de la reintegración de esos insectos que llegan aproximadamente a la duración de la reintegración de la forma humana, lo que prueba que el número 9, o novenario, es el de la reintegración.

Observemos aquí, Mis hermanos, la analogía que el cuerpo del hombre, denominado "pequeño mundo" tiene, con razón, con el universo. Como el universo, contiene 3 partes: lo universal, lo general y lo particular; la imagen de lo universal por el número innumerable de fibras que forman su parte cartilaginosa y que no es posible calcular, sino enumerando los espíritus del eje del fuego central; lo general, o la tierra, como ella, es triangular. Como ella, él da la vida a tres géneros de seres de forma, como acabo de demostrar, lo que nos representa los tres reinos, vegetal, mineral y animal; como él, en

fin, contiene lo particular por el número innumerable de pequeños vasos capilares sanguíneos, no siendo posible enumerar esos pequeños vasos más que enumerando las estrellas que componen el firmamento.

El cuerpo del hombre contiene aún una correspondencia puramente espiritual con el ser menor que él contiene en privación. Es que él (el cuerpo del hombre) representa a los ojos de la forma todo lo físico espiritual que se opera sobre el alma espiritual Divina eterna. Observando bien a uno, se verá que es el prototipo del otro: el alma, como el cuerpo, tiene la necesidad de alimento de su naturaleza Divina; ese alimento, tomado con moderación, la mantiene con vida, como el cuerpo; el alimento envenenado le da, como al cuerpo la muerte de la privación; ella tiene sus dolencias como él, pero no es jamás afectada por aquellas del cuerpo, que, así como ella, participó, por el mal uso de su libre albedrío de la dolencia del cuerpo; por medio del cual podemos convencernos por los suplicios que han sufrido los felices electos del Eterno, cuya alma disfrutaba de la contemplación del Espíritu Santo y, en virtud de eso, estaba en las delicias, en el tiempo en que se oprimía la forma por todos los suplicios que la malicia demoníaca puede inventar. El alma de esos menores, muy lejos de participar de los dolores del cuerpo no tenía de ellos ningún conocimiento. Aquellos que, habiendo cometido cualquier crimen, sintiendo el justo castigo, no sienten sus efectos, aunque por designios bien diferentes en su alma el suplicio del cuerpo; al contrario, el suplicio que su alma experimenta es incomparablemente superior al de su cuerpo. En ese estado de justicia, el alma no experimenta sino satisfacción, aunque el cuerpo sufra y, en el estado del justo castigo que sigue al crimen, el alma siente incomparablemente dolores más vivos que el cuerpo; lo que hace ver la necesidad del castigo del alma, de la pena del cuerpo y de la del espíritu, para readquirir los conocimientos que tuvimos la infelicidad de perder por el pecado de nuestro primer Padre, puesto que los conocimientos no son sino la recompensa de nuestra resignación de soportar los diferentes sufrimientos a los cuales la posteridad de Adán fue muy justamente condenada.

Es por la más santa virtud de la paciencia que se alcanza la feliz reintegración de su ser espiritual Divino en el lugar del reposo, y de su forma en su principio eje del fuego central.

Que Dios nos conceda a todos esa gracia.

¡Amén!

DÉCIMA INSTRUCCIÓN

DESEO, PACIENCIA Y PERSEVERANCIA

Mis hermanos,

El Eterno, todopoderoso Creador, cuya potencia infinita se extiende sobre el universo de los espíritus y de los cuerpos, contiene en su inmensidad una multitud innumerable de seres que Él emana cuando quiere, fuera de su centro. Él da a cada uno de esos seres, leyes, preceptos y mandamientos, que son puntos de unión de esos diferentes seres con esta gran Divinidad. Esa correspondencia de todos los seres con el ser necesario es tan absoluta, que ningún esfuerzo de esos seres puede impedirla; ellos no pueden jamás, aunque se esfuercen, salir del círculo donde fueron colocados, y cada punto que recorren de ese círculo, no dejaría de estar, un solo instante, sin relación con su centro; y, con fuerte razón, el centro no podría jamás cesar de estar en

correspondencia, comunicación y relación con el centro de los centros.

La relación de los centros particulares con el centro universal es el Espíritu Santo; la relación del centro universal con el centro de los centros es el Hijo; y el centro de los centros es el Creador todopoderoso. Dios, el Padre, creó los seres; su Hijo les comunicó la vida, y esta vida es el Espíritu Santo. Podemos ahí ver la demostración por el examen de las tres experiencias físicas que os presentaré para servir de demostración de lo que acabo de decir. La unidad, 1, se encuentra en los números 10, 7, 3, 4: ella se encuentra en 10, en 7, en 3 y en 4; lo que prueba que es imposible poder alguna vez desnaturalizar la unidad, por la imposibilidad de encontrar un número donde la unidad no esté, porque ella es la concepción, el sustentáculo y el fin de todos los números; ya que después de haber recorrido una cantidad prodigiosa de números, se terminan por 9, no están completos, por la ausencia de su unidad que los contiene. Como en 10.000: si, en vez de los ceros hubiese 9, ese número estaría incompleto porque demostraría que puede sufrir una adición; mientras que la unidad unida a los ceros muestra siempre la emanación, la base y el complemento de los diferentes números: 1.000.000... Se puede aumentar los ceros hasta el infinito, pero ellos parten todos de la unidad, y están todos contenidos por la unidad; lo que puede verse en los ejemplos siguientes: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10.

La unidad es aquí el principio de esos nueve números, 1; después de él viene el 2, donde está la unidad: 3, donde ella está también; y sucesivamente hasta el 9, donde ella también está contenida. Ahora, el 9 no pudiendo hacer un número completo, llega a 10, que nos muestra la unidad conteniendo todos los números, como la figura de la página anterior. He aquí la prueba física, matemática, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Sabéis que los números son coeternos. Dios no creó los números; ellos existen desde tiempos inmemoriales en Él y es por medio de ellos que se hicieron todos sus planos de creación de los diferentes seres. Ved, pues, Mis hermanos, que la unidad generadora es la imagen del Padre, 1; la unidad que sigue todos los números 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9 es la imagen del Hijo, y porta su número: 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9/44/8. Sabemos a través de todos los sabios del universo que el número 8 es el número de la doble potencia dada al Cristo, así como terminasteis de ver que Él es la vida de todos los seres que subsisten, tanto de los espíritus como de los cuerpos, porque ningún ser puede subsistir sino por uno de los 8 números que acabamos de ver. Igualmente, el complemento de todos los números, que es 10, o (1), nos muestra la imagen física del Espíritu Santo, que contiene todo lo que el Padre creó, todo lo que el Hijo dirigió, y forma de ese modo la unión eterna, inefable e indisoluble de las tres unidades que componen la triple esencia de la Divinidad sin principio ni fin, como podéis observar que la unidad, 1, siendo absoluta y necesaria, ha, sin interrupción, emanado y creado seres, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9; que esos seres siempre han sido dirigidos por su acción directa, su verbo Divino, su Hijo querido 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9/44/88, porque completa por su número todas las acciones de los diferentes seres; y que ellos estaban eternamente contenidos por el Espíritu Santo, 10, o, como la figura anterior, como el fin, el sustentáculo y el conservador de todo ser. Esas grandes

verdades, cuya demostración está escrita en toda la naturaleza, son los arcobotantes (construcción exterior en forma de medio arco, que sirve para sustentar una bóveda, una pared), que deben sustentar al Hombre de Deseo espiritual Divino bueno en todas sus operaciones espirituales temporales. ¡Infeliz de aquellos que se dejan seducir por los falsos prestigios de los intelectos demoníacos, para recibir delante de los ojos de su alma, que son el pensamiento y la voluntad, el velo abominable que les oculta esas tres santas luces hechas para ser conocidas por todo hombre! Pero, como la luz disipa todas las tinieblas, de la misma forma las tinieblas, en el mismo instante en que el ser menor permite que ellas tengan cuenta de él, disipan en él toda la luz y lo hacen errar como un ciego procurando a ciegas algún objeto que pueda guardarlo contra los peligros que lo cercan; igualmente, el alma ofuscada por el mal uso de su pensamiento procura objetos espirituales que puedan disipar el miedo terrible que el espíritu vengador del crimen produce en ella. Este terror, ese pavor, el estremecimiento que la mayor parte de los hombres experimentan en la oscuridad, constituyen una imagen perfecta del estado de su alma. Ese miedo que ellos tienen de encontrar en las tinieblas algún ser destructor de su cuerpo, debe acompañar al alma de aquel que busca en las tinieblas, por el temor que posee de encontrar algún ser destructor de la pureza de su ser Divino que la conduce a la privación de la luz eterna que es Dios. Si retiramos una gran lámpara de un hombre, que lo ilumina y le hace ver todos los objetos circunvecinos, él continuará en las tinieblas durante el tiempo en que se separe de esa lámpara; su vista perderá, durante toda la separación, la visualización de los diferentes objetos. El sol, por ejemplo, que ilumina los ojos del hombre, le hace ver las diferentes bellezas de la naturaleza; por medio de él ve las diferentes bellezas de las sucesiones de los diferentes cuerpos aparentes; por medio de él, se instruye de los diferentes objetos que pasan sucesivamente delante de sus ojos; y cuanto más visualiza, tanto más será instruido de la naturaleza de los cuerpos cuya luz muestra las dimensiones.

Supongamos ahora que ese hombre sea encerrado en un horrendo calabozo que lo priva de la comunicación del astro solar: el miedo disminuye conforme al número de días de su privación. Cuanto más tiempo quede encerrado en las tinieblas, privado de la luz del sol, más su vista se debilita, y más el recuerdo de su visión disminuye; de modo que, si permanece un cierto número de años sin ver la luz del sol, es preciso tener un cuidado especial para reconducirlo a la luz, para evitar que, al transportarlo bruscamente a la vista del sol de mediodía, las membranas de sus ojos, poco ejercitadas a los movimientos flexibles que deben tener para estar en comunicación con este astro, y encontrándose en un estado de tensión, de rigidez y de dureza, y recibiendo un gran número de rayos a los cuales no consiguen obedecer, y oponiéndose por su resistencia una nueva fuerza a sus rayos, no disuelven al fin, el propio obstáculo, rompiéndose algunos vasos gruesos del cuerpo y matando la forma de aquel que deseó muy pronto aproximarse al principio de la vida.

La aplicación de lo que acabo de decir a los objetos espirituales es simple y fácil. Tenemos, sobre el asunto, un gran número de ejemplos en la Escritura Santa. Cuando

Moisés fue a buscar la ley que el Eterno le dio sobre la montaña del Sinaí, fue preciso decir al pueblo que nadie se aproximase al pie de la montaña y que, tanto hombre, como animal, sería fulminado. ¿No es lo mismo que mostrar a Israel, que no tenía la visión suficientemente ejercitada, suficientemente pura y limpia, para poder ver los objetos que estaban en la montaña? ¿No es también mostrar el respeto que debía tener por todos los santos objetos que allí estaban, a los cuales no debía aproximarse sino de lejos y trémulo?

Es, pues, absolutamente necesario usar de la mayor circunspección, moderación y discreción sobre todos los objetos que la Orden posee y caminar con la mayor consideración en el camino que conduce al fin; porque cada senda que allí conduce tiene espinas, dificultades y obstáculos que es preciso disipar, extirpar, alejar. Ser conducido al camino sin haber evitado esos obstáculos, constituye una dificultad aún mayor para superarlos. De ese modo, la prudencia, tan recomendada por el mismo Jesucristo, debe ser el cimiento de nuestros pasos. Un gran número de fuerzas dadas a un general poco experimentado no hacen sino aumentar su derrota. Es necesario, antes de darle un cuerpo grande, que sepa al menos dominar un cuerpo pequeño. Lo mismo ocurre con nuestra alma: es necesario que ella se haya ejercitado por mucho tiempo en los pequeños combates antes de resistir a los grandes; las mayores fuerzas que se le dan aumentan sus combates. Así, es preciso saber moderar el deseo de avanzar, por el miedo de caer. Vimos que el uso de los alimentos, tan necesarios a la vida del cuerpo, utilizados en cantidades muy grandes, y sobre todo en convalecencia, son frecuentemente mortales para aquellos que los emplean. Es, pues, indispensablemente necesario acostumbrar poco a poco su estómago a las carnes antes de hacer grandes refecciones cuya digestión es siempre difícil. Las diferentes pruebas a las que se debe someter a los sujetos para cerciorarnos de su deseo, fidelidad y perseverancia son de ese género. Un sujeto tiene hoy un gran deseo y mañana no tiene más, porque cambió de pensamiento. Es, entonces, necesario darle más tiempo antes de admitirlo, para saber si posee un deseo verdadero. Si lo posee, su deseo aumenta en razón de las dificultades, y, si no lo tiene, las dificultades lo aniquilan; lo que siempre es un gran bien: 1º, es un hombre de deseo superficial: si hubiese entrado en la Orden, habría sido un mal sujeto; es, pues, un gran bien que no entre; 2º su deseo es verdadero, el tiempo no hace sino aumentarlo; 3º, los diferentes obstáculos que le son colocados y que superarlos darán un mérito aún mayor, que tienen su recompensa. Deseo, paciencia y perseverancia. Son tres virtudes que ruego al Eterno concedernos a todos y mantenernos para siempre bajo su santa guarda.

¡Amén!